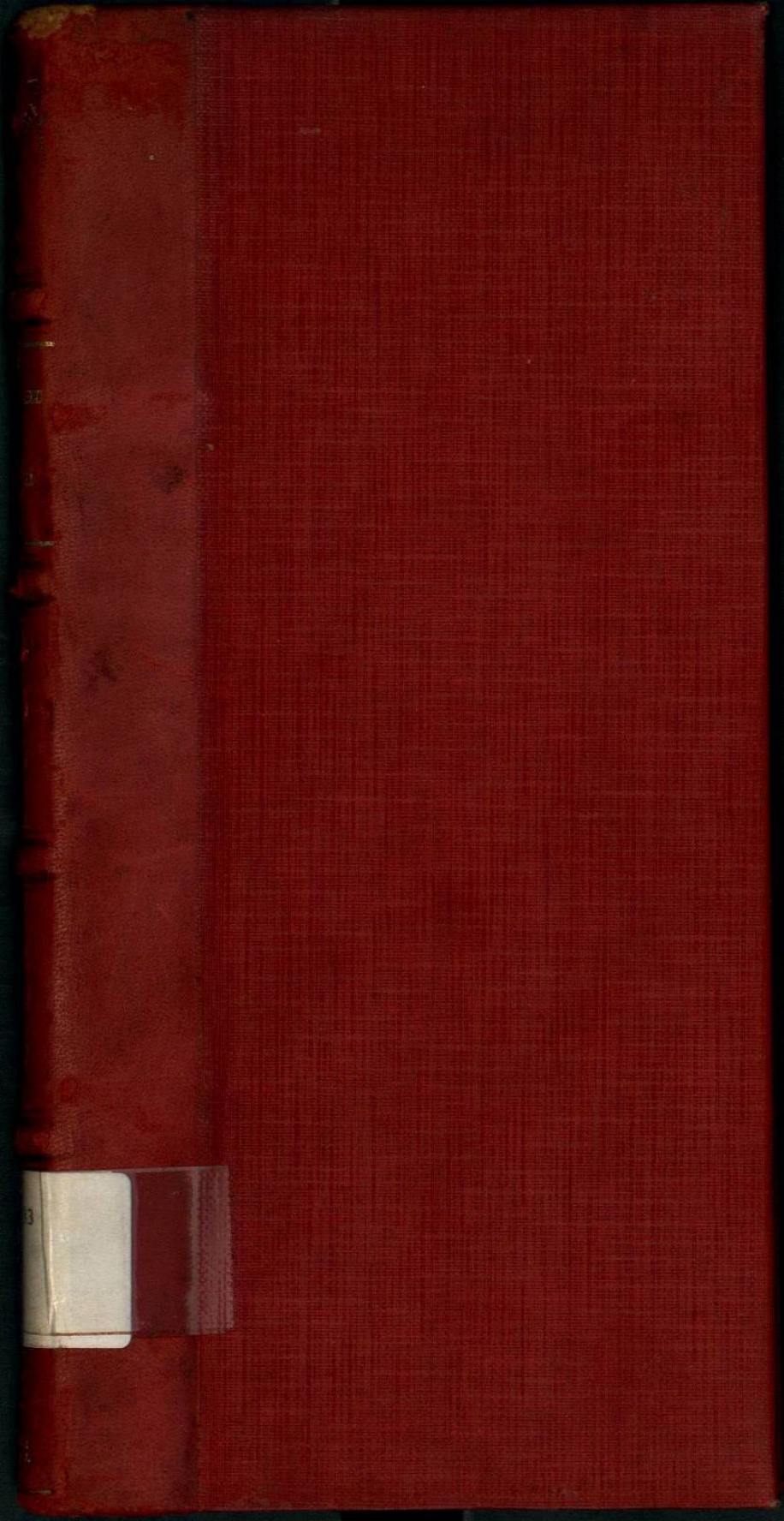






1080012918

Luis Pérez Verdía

IMPRESIONES
DE UN LIBRO

"MAXIMILIANO INTIMO"

POR

D. JOSE L. BLASIO



GUADALAJARA

IMP. DE «EL REGIONAL». — OCAMPO, NUM. 9

1905

F1233
 M3
 P47

AL SR. D. JOSE MARIA VIGIL:
 cariñoso recuerdo de vieja amistad



FONDO HISTORICO
 RICARDO COVARRUBIAS

156655

Tiempo hacía ya que estaba anunciada la publicación de las Memorias del Secretario Particular de Maximiliano, que eran esperadas con grande interés, porque interés y muy grande tiene cuanto se refiere á ese período de nuestra historia que empezó con un sainete para acabar con una tragedia.

Al aparecer por fin, una voz uniforme se ha dejado oír: *no contienen nada nuevo*, y es que el público está ansioso de conocer á fondo á los personajes de esa época, de rectificar ciertos juicios, de descorrer algun velo que todavía cubre determinados pasajes del Imperio.

Pero si bien la obra del Sr. Blasio no descubre esos enigmas, ni nos enseña rasgos nuevos del caracter del infortunado Archiduque, sí confirma los que hasta aquí han servido para bosquejarlo. El autor no ha querido hacer política sino mas bien publicar sus recuerdos personales, tributando con ellos un homenaje de gratitud á quien tanto lo favoreció, y al obrar

de esa suerte ha hecho bien, porque esos recuerdos, esos detalles particulares sobre el modo de ser de cada gobernante, son precisamente los que más sirven para conocerlo, pues en la parte oficial hay tanto de ficticio, que no es posible con su solo conocimiento llegar á formarse una idea completa. Sin embargo de ese propósito que se advierte en los comienzos del libro, hay tanta relación entre el modo de ser de una persona y el medio que le rodea, está tan íntimamente ligada la vida del Archiduque con la política de su época, que es bien difícil separarlas y el autor no puede menos al fin de su obra de caer en la tentación de juzgar acontecimientos políticos de suma transcendencia sin llevar á la discusión ningún contingente desconocido ó que no hubiese sido aquilatado de antemano.

No es culpa del Sr. Blasio si su trabajo histórico no tiene el interés que se deseaba, porque naturalmente refiriéndose á determinada persona, no puede hacer otra cosa que reflejar la importancia de ella misma.

Si leemos el «Napoleón Intimo» de Levy, por más que conozcamos ya los rasgos del gran Capitán, no disminuye por eso el interés de la lectura, porque el genio, la originalidad, la inagotable energía dan materia para sostener el interés del libro desde el principio hasta el fin. Es una epopeya que no se repetirá en millares de años.

Si hojeamos á Lano cuando nos da á conocer á Napoleón III en forma ligera y anecdótica, nos encontramos con un personaje que en nada se parece á su tío, pero que muestra talento en algunas de sus concepciones, bondad de corazón en muchos de sus actos, gracia en su conversación, y un espíritu soñador y audaz aunque inconstante, circunstancias todas que interesan.

Pero al leer el libro del Sr. Blasio hallamos muy pocas noticias que puedan satisfacer nuestra curiosidad, y nada de fondo en su personage, que parece increíble, pero mientras más se afana el autor en hacer destacar su figura, aparece ésta más insignificante y vulgar.

Decididamente Maximiliano no era un hombre de Estado, ni de talento sólido, ni de gran corazón. Solo así se explica que en toda su intimidad no se nos muestre por su secretario privado un solo rasgo de agudo ingenio, ni una acción grandiosa, ni siquiera algo que llevase el sello de la originalidad. Hombre de buena intención, de imaginación ardiente, que lo llevaba á concebir las más irrealizables ilusiones, de inteligencia brillante pero superficial, sin constancia para perseguir un fin, tan amante de los más frívolos detalles como enemigo de las cuestiones serias, aparatoso y apegado á las solas exterioridades. De una exquisita educación, de muy fácil palabra, y de un personal muy simpático,

se atraía, con la primera conversación, el afecto de quienes le hablaban sin que se advirtiese en él un estudio minucioso para popularizarse, utilizando sus buenas prendas personales.

Por eso en el cap. I, al hablar de la entrada de S S. M M. á Guadalupe, dice el autor: «Le ví pasar, arrogante, majestuoso y esbelto: impresionándome por vez primera, sobre todo, la dulzura de su mirada: mirada azul, bondadosa y profunda, que tantas veces me fué concedido contemplar después;» (pág. 4) y más adelante al referir cuando Maximiliano entró al gabinete de su Consejero Mr. Eloin, en el cual trabajaba el Sr. Blasio, «Fué entonces cuando á todo mi sabor pude por primera vez contemplar su noble y augusta fisonomía, las miradas bondadosas de sus ojos azules, su larga barba rubia dividida en el centro y el signo característico de los Hapsburgos, el labio inferior caído hacia afuera.» [pág. 9.]

Todos los prohombres del partido conservador estaban realmente fascinados por entonces con la *mirada azul* del príncipe, que había hecho escribir al Ilmo. Sr. Labastida: «en este semblante hay siempre el sello de una modestia sin igual y de una abnegación que todo lo sacrifica á la dicha de un pueblo, que el príncipe no conoce todavía, y á quien ama ya sin embargo. —¿Que falta á este príncipe? Hacíame yo esta pregunta varias veces durante las breves horas transcurridas y mi

corazón y mi cabeza han respondido: Nada, absolutamente nada.»

Pero eso mismo el Sr. D. Luis G. Cuevas en su Oda elogiaba

La piedad en el trono,
El mérito preclaro
La majestad modesta y generosa,
El don de gobernar que es don tan raro!

Y sin embargo, no era esa la opinión de los hombres pensadores.

Ya desde 1864 Zarco había emitido un juicio que entonces pudo parecer severo y que hoy se confirma más cada día: «El austriaco, convengamos en ello de buen grado, será como dicen sus panegiristas, más rubio que un Apolo; más delicado que un alfeñique; tendrá ojos tan azules como el cielo; mardugará mas que un gañán; hablará más lenguas que Mezzofanti; habrá viajado mas que Arago ó que el Capitán Cook; tendrá mas devociones que un capuchino; será mas ortodoxo que un concilio ecuménico; pero con tan bellas prendas, su primer acto de soberanía (el tratado de Miramar) está demostrando que carece de la dignidad de hombre y que es un pobre pigmeo como fundador de imperios».

Con mucha exactitud describe el autor el entusiasmo con que la clase aristocrática de la capital recibió á los Soberanos en junio de 1864, y hayan sido doscientos y tantos carruajes abiertos en que lucían ricamente ataviadas las más distinguidas y más hermosas damas, como afirma el autor, ó bien ciento

setenta y tantos como se dice en la «Narración del Advenimiento de SS. MM», es lo cierto que la inmensa mayoría de la sociedad mexicana entró en delirio ante la idea de un Imperio impuesto por bayonetas francesas.

Es digno de observarse que en la ciudad de México fué sin duda alguna donde encontró el nuevo Gobierno más partidarios, lo cual se explica por ser la principal residencia de la clase conservadora. Fueron muchos los que se deslumbraron con el brillo de la Corte y creyeron que se consolidaría un Gobierno fuerte que diera garantías al país. Guiados por apariencias y exterioridades, no pudieron acertar en su elección, porque era pueril fijarse en el abolengo de Carlos V, en la dulzura de la mirada, en la rubicundez de la barba, en la elegancia de las maneras. “Los intervencionistas mexicanos, como dice el Sr. Iglesias Calderón, han dicho que buscaron en el Imperio un gobierno firme, un gobierno estable, un gobierno inmovible, y ¡cruel ironía! para fundar esa estabilidad no encontraron nada mejor que la creación de una monarquía *hereditaria* con un príncipe *sin herederos*.” (La Traición de Maximiliano, pág. 137).

Pero desde un principio hubo un cange de engaños entre los imperialistas y el emperador, cuyo desenlace se nota perfectamente en el libro del Sr. Blasio, en el cual se muestra cómo cada día, á proporción que caía la venda de los ojos, se iban separando más y

más los súbditos y sus soberanos, hasta que el interés común y el peligro inmediato vino á estrechar el lazo de unión.

Los imperialistas engañaron al Archiduque asegurándole que el país entero le aclamaba, que el Imperio era la forma de gobierno deseada por la Nación entera y que los republicanos formaban una minoría opresiva que desaparecería tan luego como él pisase las playas de México, y le engañaron haciéndole creer que los recursos con que podía contar serían cuantiosísimos. A su vez Maximiliano, comulgando de manos de Pío IX y ofreciendo volver á la Iglesia los bienes nacionalizados, ocultaba tener ya el compromiso con Napoleón de sostener las leyes de Reforma y se mostraba muy diverso del que decía después con la mayor indiferencia que si el Papa lo excomulgaba, sería el cuarto Archiduque de Austria que lo hubiera sido!

Con que tristeza y desengaño se vió obligado á reconocer él mismo años más tarde, en carta dirigida á Lares el 9 de febrero de 1867 que “El Imperio no tiene, pues, á su favor ni la fuerza moral ni la fuerza material: los hombres y el dinero le huyen y la opinión se pronuncia de todas maneras contra él”.

Los intervencionistas engañaron á Napoleon III haciéndole creer que el presupuesto podía elevarse á cincuenta millones de pesos anuales y que el

pueblo mexicano sólo esperaba la llegada de un reducido ejército francés para levantarse como un solo hombre y arrojar á Juárez y sus odiosos partidarios. Por eso pudo decir con tanta gracia Laurencez en su famosa proclama: "se nos había repetido cien veces que Puebla nos llamaba con todo entusiasmo y que su población se nos presentaría para cubrirnos de flores. Es bajo la confianza inspirada por esas engañosas seguridades que nos presentamos".

«Las simpatías de sus habitantes, escribe Paul Gaulot, eran enteramente nuestras y estaban dispuestos á abrirnos las puertas. Así lo afirmaban Mr. Saligny y el Gral. Almonte.

«El contraste de esta acogida con la que se esperaba causó asombro y una sorpresa tan penosa como profunda. La aventura se volvió trágica.»

«M. Hidalgo, dice Lano, cuya ambición era inmensa, afirmaba que México aclamaría á los franceses lo mismo que el Archiduque Maximiliano y que esta expedición no sería sino un paseo en bote.» [L'Imperatrice Engène, pág. 111].

Napoleón había engañado á Inglaterra y á España, firmando la Convención de Londres en 31 de octubre de 1861, por la cual se obligaba á no ejercer ninguna influencia en los negocios interiores de México, capaz de menoscabar su derecho para escoger y constituir la forma de su gobierno; siendo que tenía ya aprobada la candidatura

del Archiduque de Austria á fin de derrocar la República y levantar un Imperio. Y Mr. de Morny, bajo la presión del cohecho, ávido de obtener veinticinco millones de francos de los famosos bonos Jecker, engañaba á Napoleón apoyando las instancias de Eugenia, haciéndole creer que la intervención francesa serviría para poner un valladar á la expansión norteamericana y exaltar en América los intereses de la raza latina, hasta sngestionarlo de tal modo que llegase á llamar á tan malaventurada expedición, "el más glorioso pensamiento de su reinado."

Napoleón engañó á Maximiliano arrancándole el reconocimiento de las cantidades estipuladas en el Tratado de Miramar, que elevaban el presupuesto anual de egresos en más de \$ 30,000,000 sobre los ingresos totales del Imperio, y haciéndole contratar empréstitos de los cuales al negociarlos se perdía el 40 p.⊗ (pues uno se hizo al 63 y otro al 60 p.⊗ firme); en gastos y comisiones el 10; en réditos corrientes y adelantados el 20, y del 30 p.⊗ restante Napoleón tomaba por diversos títulos el 25 p.⊗ y á Maximiliano se le entregaba el 5 p.⊗. [Payno, Cuentas etc.] Por eso dice muy bien el Sr. Bulnes: "En menos de un año de reinado, Maximiliano había comprometido á la Nación, fuera del costo de la Intervención, en ciento cuarenta y siete millones de pesos de empréstitos sin haber recibido de ellos sino una bicoca. El Imperio

había sido más ruinoso á la Nación en un año, que la anarquía en cuarenta". [El Verd. Juárez pág. 385]

Por eso cuando la luz se hizo, cuando cada quien apareció cual era, descubierta tanta perfidia, manifestas tantas ambiciones bastardas, las maldiciones se desencadenaron por todas partes y como pregunta De la Gorge, «entre todos aquellos que figuraron en el inexorable drama, quien se atrevería á decir que Maximiliano fué el más desgraciado?» [Hist. du second Emp. vol 5 p. 147].

Esto aparte, la pintura que nos hace el secretario particular del carácter del nuevo soberano, está conforme con la que ya teníamos. Esto nos enseña: "En general se decía que el Emperador era muy voluble; que siempre la última impresión influía mucho en su ánimo, y en comprobación de lo dicho se mencionaban los frecuentes cambios en los altos puestos del Imperio, pues sólo los amigos que con él habían venido de Europa y que se encontraban en empleos de importancia se habían mantenido en ellos." [pág. 71.] Sobre la frivolidad de las atenciones del Emperador, nos dice que todavía en Querétaro "seguía dictándose el ceremonial de la Corte que estaba formando!"

Masseras, más explícito y minucioso, había ya dicho de él: "Los favoritos de la víspera se encontraban abandonados y aun á menudo maltratados al día siguiente, sin que se supiese la

razón de su favor, más que la de su desgracia. El partido un momento acariciado, sabía de repente que la preferencia y la confianza imperiales, habían pasado al partido contrario. Las promesas se nulificaban sin cumplirse y los proyectos se sucedían sin apariencia de realizarse. Las cuestiones que habrían exigido una firmeza de propósitos en que no cupiese vacilación, encontraban un espíritu incierto, ya inerte, ya enardecido, que procedía por determinaciones improvisadas, inoportunas é impracticables en su mayor parte, mal equilibradas siempre, y que casi invariablemente quedaban sin efecto.....Acumulaba sobre su escritorio expedientes por centenares, confundiendo en tal mescolanza, que los más esenciales y urgentes desaparecían bajo los más fútiles, tomándolos y dejándolos á su turno para acabar por perderse y abandonarlo todo. No sabía por lo demás desplegar una atención sostenida, sino bajo la influencia de las ideas que sonreían á sus gustos. El perfeccionamiento del Código de etiqueta, la disposición de una ceremonia, el reglamento de un cortejo, la creación de la Orden del Aguila Mexicana ó de la de S. Carlos, la instalación del teatro de la Corte, el porte correcto de los trajes y de las libreas le ocupaban fácilmente semanas enteras. Venían en seguida la Botánica y la Arqueología, por las cuales le atacaban accesos de pasión intermitente. Fuera de estos objetos predilectos, el trabajo constituía un es-

fuerzo á que era incapaz de resignarse largo tiempo aquella naturaleza voluntariosa y movidiza: la fatiga traía pronto la tentación de aplazar el despacho para un mañana que se retrocedía de mes á mes; ó bien el público que se desayunaba un día con la noticia de que el Emperador había salido á hacer una excursión exigida por la salud, podía entonces asegurar que estrechado de cerca por algún negocio molesto, se substraía de él huyendo de la Capital... No hay que sorprenderse de que el complemento de este carácter fuese la prodigalidad más irreflexiva, el desorden más inconsciente en todo lo que tocaba á las cuestiones de dinero."

He allí explicados los frecuentes viajes á Jalapa, Puebla y Cuernavaca en el tren de que nos habla el autor, formado por el caballerizo Don Feliciano Rodríguez, compuesto aquél de amplísima carretela con un tiro de doce mulas más blancas que la nieve, enteramente iguales de alzada y adornadas con guarniciones azules, cuyo cochero, mozos y lacayos vestían todos de charros, traje de gamuza y adornos de plata, llevando anchos y vistosos sombreros grises. (pág. 181) Ese lujo desplegado en sus viajes, ese sello de elegancia que Maximiliano sabía dar á su persona y á su séquito, con los que sorprendía tanto, era sin embargo muy costoso para la Nación, pues consta que en el solo año de 1865 se gastaron en las caballerizas que con tanto acierto atendía el

Coronel Rodríguez, \$58,362 [Payno pág. 651] y la primera compra de caballos, arneses y coches en el año de 1864, importó \$80,000. Confirmado también el concepto de que «á Maximiliano, que siempre demostró más gusto por las artes y por las ciencias, que por las cosas de gobierno, le encantaba pasarse las horas en compañía del naturalista» Billimesk [pág. 183]. «El Emperador era un artista encantador, y se necesitaba un príncipe militar» ha escrito D'Hericault.

El género de vida que llevaba el Emperador demuestra un estudiado sibaritismo. Levantado siempre á las cuatro de la mañana, se ponía á trabajar á esa hora con su secretario privado y despachaba su correspondencia hasta las siete, en que tomaba una taza de café con unos pastelitos vieneses y montaba á caballo para pasear hasta las nueve y media que volvía al almuerzo. «El soberano austriaco era un refinadísimo gastrónomo y sus cocineros se esmeraban para no disgustarlo. Los platillos estaban preparados según la cocina francesa, pero con algunas modificaciones del arte culinario vienes; los vinos que se servían en la mesa imperial eran de lo más exquisito. Durante el almuerzo, Jerez, Burdeos, Borgoña y vino de Hungría, y en la comida vino del Rhin y Champaña además de los mencionados.» No sólo era Maximiliano un refinadísimo gastrónomo, sino también un gran bebedor, así es que su bodega estaba siem-

pre bien provista de exquisitos vinos de entre los cuales prefería el Steinberg, el Rüdensberg, el Johannesberg, el Chateau Iquem, el Madera y el Champagne y nunca faltaban en sus cavas ocho ó diez mil botellas.

Muy aficionado á las reuniones, no se pasaba una semana sin que tuviera una de estas ó un banquete, así es que sólo en el primer semestre del año de 1865, hubo veinte comidas y diez y seis tertulias á más de las grandes funciones de Corte en las cuales se ponía en vigor el ceremonial y se exigía la asistencia de los grandes dignatarios, de las damas y de los chambelanes. Por supuesto que para satisfacer el exquisito gusto del discípulo de Brillat Savarin, era preciso un alto presupuesto, pero eso no importaba; así es que en el solo año de 1865 ascendieron los gastos de cocina, pastelería y vinos \$ 104,821; los de carbón, leña y luces \$ 20,995, y los de mantelería, loza y trastos de cocina \$ 9,661!! [Payne pág. 651].

Entrando en la inversión de algunas de esas enormes cantidades, nos encontramos con que en un mes se consumían 12000 tortas de pan, 6500 libras de carne de ternera, 100 mollejas, 10 cabezas, 2000 aves, 200 libras de manteca, 5000 huevos, 2500 cuartillos de leche, 380 arrobas de nieve, 64 cajas de espárragos, etc., etc.

Generalmente el almuerzo lo hacía en una mesita de dos cubiertos, acompañado de su secretario y en segui-

da se dirigía de Chapultepec, donde vivía la mayor parte del año, á Palacio, en donde empezaba por dar audiencia dos veces por semana, consagrando el tiempo restante al despacho con sus Ministros, hasta las dos y media en punto en que volvían al Castillo para sentarse á la mesa á las cuatro. «Sentábanse unas veinte personas incluyéndose en estas los ayudantes de campo, las damas de honor y oficial de órdenes que se encontraban de servicio y el secretario, siendo los demás comensales caballeros y damas á quienes se había invitado desde la víspera por medio de unas tarjetas especiales que con ese fin expedía la secretaría de ceremonias. En la comida se trataban siempre asuntos amenos y ajenos á la política: sus Majestades dirigían á todos la palabra en español Terminada la comida, la Emperatriz y las damas se retiraban á sus habitaciones, y el Emperador con los caballeros al salón de fumar donde, de pié, se fumaba un buen tabaco y se charlaba una media hora más». Maximiliano era un gran fumador y se nos dice que gustaba de cuentos picantes y anécdotas, pero no se nos refiere ninguno de esos rasgos de *esprit* propios de las personas de buen humor y de talento. Cuando buscando un día una fecha en el calendario, le dijo al Sr. Blasio: «No olvide Ud. felicitar al Coronel G. el día 15 de septiembre por que ese día es el de su santo» y después de salir muy serio

de la pieza vió este que ese era el día de San Cornelio, no dió muestras de ninguna originalidad, porque en todas partes se oye siempre encomendar á ese santo á los maridos engañados.

Es curiosa la noticia que el autor nos da acerca del desaire hecho á las familias invitadas al primer baile de Corte el 10 de julio de 1864 y que llegaron después de las ocho de la noche, hora señalada en las invitaciones para dar principio el festejo. Muy verídico al referir el entusiasmo que tal baile despertó en la alta sociedad mexicana, el afán con que se pretendían las invitaciones, el derroche de lujo, la admiración que causó un conjunto tan hermoso y tan desconocido hasta entonces. Es una bella página del libro que nos hace asistir á aquel periodo de deslumbramiento, de frivolidad, de pasión en que un vistoso uniforme francés seducía más que la virtud y el mérito! Pero cuánta humillación para las orgullosas familias que llegaban tarde ostentando sus ricos carruajes, sus joyas, su alta posición y á quienes se les recibía al pié de la escalera por criados muy correctos que les decían que conforme al sagrado ceremonial nadie debía entrar á los salones después de los soberanos, por lo cual no se les podía permitir pasar adelante!

Mucho temo que este detalle sea como algunos otros, debido exclusivamente á la fantasía del autor; porque habiendo varios salones de baile y de

descanso á donde pudiesen pasar los retardatarios casi sin ser advertidos entre la concurrencia numerosa, parece más que grosero é innecesario el procedimiento adoptado en la brillante Corte.

Por lo demás, todo aquel entusiasmo que en la clase aristocrática significaba la propia ostentación y la satisfacción de rencores pasados ó de tales ó cuales ideas, en el pueblo no era sino la manifestación del sentimiento de la curiosidad.

Es notable el deseo que en todo el libro muestra su autor por desprender el Imperio de la intervención, siguiendo en esto el espíritu de todo el partido conservador, que habiendo llamado á los franceses, después ha pretendido vanamente separar su causa de la de ellos; pero es también notable la honradez con que dice textualmente: "A pesar del triunfo de los franceses y á pesar de que los soldados de Napoleón III, por doquiera eran recibidos con agasajos; al Mariscal Forey, que era un hombre muy perspicaz no podía escapársele, que ese entusiasmo con que eran recibidas sus tropas, *era enteramente forzado*, pues comprendía perfectamente que *el pueblo mexicano no toleraba la intervención* y que al alejarse de cada ciudad, que abandonaba el presidente Juárez, éste lo hacía en vista de las circunstancias y *obligado por la fuerza; pero contando siempre con la simpatía de los habitantes* de las poblaciones que

se veía obligado á abandonar. [pág. 111]

Preciosa confesión, que precisamente por no ser singular, echa por tierra todo el edificio de popularidad y asombro levantado en favor de la idea intervencionista, inseparable de la imperialista. Realmente el entusiasmo de las masas para ver las tropas francesas no tenía más fundamento que la curiosidad. Aquel ejército tan disciplinado, en el cual los zuavos lucían sus vistosos uniformes, los cazadores de Africa sus hermosos caballos, los argelinos su tez tostada destacándose sobre el azul claro de sus vestidos, las vistosas vivanderas, los estados mayores tan distinguidos y elegantes, las músicas tan armoniosas, todo era un conjunto que atraía para contemplarse con sorpresa principalmente por quienes estaban acostumbrados á ver soldados desnudos y desorganizados. Se les admiraba, pero no se les quería. ¡Quién hubiera hecho, sin embargo, que en nuestra República hubiesen corrido los habitantes pacíficos para no oír las músicas francesas, como nos cuenta Alarcón que huían los venecianos cuando empezaban á tocar los aborrecidos austriacos! Aquí, por desgracia, se sobreponían la curiosidad y la sorpresa, y afluía el público á la Misa á que asistían los franceses ó á sus vistosas formaciones; pero no podía confundirse ese sentimiento con el del interés ó de la simpatía, por lo cual con mucha razón Forey nunca se dejó engañar. A

este propósito es muy digno de consignarse que familias hubo, aunque muy pocas, como la de la insigne matrona Doña Juana Calderón de Iglesias, que siempre que en unión de sus pequeños hijos encontraba en la calle soldados franceses en formación, hacía voltear á aquellos hacia la pared y ella con su cuerpo los cubría para que no vieran á los enemigos de su patria. Este hecho vale sin duda, más que el que nos refiere Alarcón en su famoso viaje.

Hubo así algunas silenciosas protestas y entre otras, el autor nos cuenta que en Puebla misma,—una de las poblaciones más adictas á su causa,—“Una dama muy bella, esposa de un rico comerciante, fué nombrada también dama de honor; pero ésta devolvió el nombramiento, diciendo que prefería ser reina en su casa y no criada en Palacio.” Y aunque en seguida agrega, que invitada poco tiempo después á un banquete oficial, quedó tan encantada del trato amable de los Soberanos, que manifestó públicamente su arrepentimiento por su *altiva y grosera* determinación anterior; esto tiene que ser absolutamente falso, por la sencilla razón de que después de tanta altivez y energía, era imposible que la hubiesen invitado. Creo que para el orgullo de los príncipes y la adulación de su Corte ha de haber bastado la respuesta.

Hay en el libro otra manifestación arrancada á una conciencia honrada por la fuerza misma de las circunstan-

cias. Al referirse al aniversario del glorioso Grito de Dolores, en 1865, dice: "Con el entusiasmo de todos los años, con la vehemencia de costumbre, el pueblo mexicano acudió esa noche á la plaza de Armas para gritar vivas á la independencia de México, *cuando oh ironía! México estaba gobernado por un monarca extranjero.* A la madrugada del 16 las salvas de artillería, los repiques, las bandas militares y los cohetes, que atronaban el aire, anunciaban al pueblo mexicano que éste celebraba su *Independencia bajo el gobierno de un príncipe austriaco.*" (pág. 155)

Este es un grito de sinceridad que condena sin recurso á un gobierno impuesto por la fuerza extranjera contra la voluntad popular y en pugna abierta con la independencia, y con ese precioso apóstrofe "oh ironía!" ha venido á expresar el mismo juicio que emitieran por entonces los más notables republicanos. El señor Don José M^a Iglesias no fué más expresivo cuando en sus interesantes Revistas y hablando del mismo suceso, decía: "Otra de las disposiciones de Maximiliano fué la relativa á que se colocara en la plazuela de Guardiola una estatua del Cura Morelos.....El Archiduque pronunció un discurso en alabanza de Morelos. Esos elogios son un *contrasentido* en la boca del que los hace—(oh ironía!)—aunque muy merecidos para el distinguido patriota que figura en primer término en la epopeya de nues-

tra independencia. También Morelos fué excomulgado y perseguido por el alto clero, constante defensor de las malas causas: también Morelos fué declarado bandido como á semejanza suya lo son los que siguen su ejemplo; también Morelos pagó en el patíbulo su decisión por la independencia de México, como sucede ahora con muchos valientes que sostienen la misma causa y á quienes manda ó deja sacrificar el advenedizo príncipe, que lleva su descaro (oh ironía!) al punto de aplaudir en uno de los caudillos de la primera época de la guerra de insurrección, lo que condena en la segunda." [tomo 3º, pág. 505]

Y tenía mucha razón el Ministro de Juárez: á los pocos días se promulgó la famosa ley de 3 de octubre, por la cual se sometía á las Cortes Marciales para que condenasen á muerte á todos los que perteneciesen á bandos ó reuniones armadas, proclamasen ó no cualquier pretexto político, cualquiera que fuese el número de la banda, su organización y denominación.

El mismo Arrangoiz hace notar que "el Gobierno republicano era un Gobierno reconocido por una gran parte del país, por los Estados Unidos, por todas las Repúblicas hispano-americanas: si Juárez se hubiese ausentado, otro le habría reemplazado y representando á un gobierno, no podían calificarse de bandidos á todas las tropas que lo defendían." Fué realmente no sólo una crueldad, sino un escán-

dalo, el desconocer el carácter de beligerantes á los que combatían á un gobierno apoyado en tropas francesas. Por eso todavía hay interés en conocer la participación que cada uno tuvo en la elaboración de tan famoso decreto. A ese respecto el señor Blasio nos dice que el Cuartel General francés le envió á Maximiliano un telegrama del Gral. Brincourt, en el que se decía que Don Benito había abandonado el territorio mexicano, atravesando el río Bravo por Paso del Norte, y ante aquella falsa noticia se promulgó la nueva ley que "el soñador Archiduque, creyó lealmente que sería *lazo de unión* entre todos los mexicanos y el término de una guerra que tanta sangre costaba ya." (pág. 161) Para calificar esa creencia me parece muy benigno el término de *soñador*, empleado por el secretario privado, porque si así fuese, no nos quedaría otro recurso que pedir á Dios nos librase de los soñadores que forjan lazos de unión. Agrega que la minuta fué escrita por uno de los empleados del Ministerio de la Guerra y refutando á Keratry al afirmar que Bazaine no lo conoció sino cuando ya estaba redactado, asegura que de antemano el decreto había sido discutido entre el Emperador y el Mariscal, quien pidió todavía alguna adición que dió origen al art. 10. Realmente Bazaine fué quien sugirió tan sanguinaria disposición, pues él mismo da cuenta á su Gobierno en estos términos: "El Emperador Maximiliano, cuyo carácter

parece ser esencialmente paciente, ha querido esperar que Juárez saliera del territorio, antes de promulgar la ley. S. M. se decidió al fin *por mis consejos* á dar una prueba de firmeza, que ha hecho un buen efecto entre los conservadores." Gaulot, tom. 2º pág 293.

Pero aún así, Maximiliano quiso que ese lazo de unión fuese lo más estrecho posible, tanto que con él pudiera ahorrarse al mayor número de republicanos, pues no satisfecho todavía con aquellos sanguinarios preceptos, los hizo acompañar de una circular que expidió su Ministro de la Guerra en 9 de octubre de 1865 y de la cual tengo un original, en la que se ordenaba que "Las Cortes Marciales encargadas especialmente del exacto cumplimiento de esta soberana disposición, deben desplegar la energía y actividad que las circunstancias demandan imperiosamente, haciéndose responsables por su morosidad y consideración de las fatales consecuencias á que pudiesen dar lugar con una lenidad y clemencia que repugnan *la civilización, la humanidad y la moral* bárbaramente ultrajadas con los escandalosos atentados y con los horribles crímenes de los que sostienen una guerra vandálica y sanguinaria. Peza."

Semejante rigor pudo explicarse en Bazaine, jefe extranjero que demostró más tarde en Metz que no sabía cómo se defiende á la Patria; pero en el Archiduque, que se decía Emperador de México, y que ante los desmanes espanto-

sos de Dupin, Marechall, Berthelin, Castagny, etc., escribía al Barón de Pont que estaba indignado contra los altos funcionarios franceses "que permiten y autorizan el robo y el pillaje," y que en el Memorandum que escribió en Querétaro manifiesta que "Los franceses continúan robando y arruinando el país," es verdaderamente inexplicable. No sé cómo el Sr. Blasio al tratar de este espinoso asunto, puede decir con tanto aplomo: "Maximiliano era demasiado bondadoso," porque al saber las ejecuciones de Arteaga y sus nobles compañeros, ordenó que en lo sucesivo, siempre que se tratara de *al* *gún jefe de importancia*, se le consultara antes de efectuar la ejecución. Fusilar á los que defendían á su Patria, contra los que, según su misma confesión, la arruinaban y robaban, y reservarse el indultar á algún caudillo popular ó respetable, para aparentar generosidad, sería todo lo que se quiera, menos muestra de bondad.

Por lo demás, aunque el autor no lo refiera, es curioso saber que ese famoso decreto, no sólo irritó á los liberales, sino que disgustó á la Corte de las Tullerías y á los conservadores, por el manifiesto con que se promulgó, en el cual el príncipe, siempre vacilante, empezaba diciendo: "Mexicanos: La causa sostenida con tanto valor y constancia por Don Benito Juárez....." Era un elogio que hería á Napoleón y á las *viejas pelucas*.

Pero el rasgo de carácter que más re-

resalta es el que se consigna en estas palabras del Sr. Blasio: "La gran ilusión del Emperador, era poder hablar con Juárez, atraerlo á su causa, hacerlo su primer ministro, y ayudado por él y ya libres de la intervención francesa, gobernar sabiamente el Imperio é inaugurar una era de paz, de progreso y de bienestar en todo el país." (pág. 161)

Era extraña esa obstinación en atraerse al representante de la legalidad, cuando debía ya conocer su energía indomable y cuando terminantemente le había contestado á su primera insinuación hecha al llegar al país: "Es cierto, señor, que la Historia contemporánea registra el nombre de grandes traidores que han violado sus juramentos y sus promesas; que han faltado á su propio partido, á sus antecedentes y á todo lo que hay de sagrado para el hombre honrado.....pero el encargado actualmente de la Presidencia de la República, salido de las masas oscuras del pueblo, sucumbirá [si en los juicios de la Providencia está determinado que sucumba] cumpliendo con su juramento, correspondiendo á las esperanzas de la Nación que preside, y satisfaciendo las inspiraciones de su conciencia."

Sin embargo, el Archiduque que sentía "la nostalgia de la corona y de la gloria," habría de buena gana deseado ser llamado por el pueblo mexicano sin presión de tropas francesas; habría deseado que el Presidente de la

República le hubiese cedido sus derechos; habría deseado ser aclamado y no necesitar del sostén extranjero; habría deseado también no tener dificultades y gobernar tranquila y felizmente; habría deseado hacer la felicidad de México siendo en todo caso su Emperador; habría deseado, en fin, ser llamado en vista de tan brillante éxito por los liberales de Austria, y colocado en el trono de aquel vasto Imperio!

Esto me hace recordar el consejo de cierto padre norteamericano al despedir á su hijo: "ve y haz dinero honradamente, si es posible; pero haz dinero."

Natural era que al Emperador le molestase la tutela del Mariscal Bazaine, pero ella era la consecuencia lógica del Tratado de Miramar: si Napoleón III había erigido el trono y lo había sentado en éste contra la voluntad del partido republicano, necesariamente que habría de pretender imponer su política y era necesario un gran candor para no haberlo advertido desde un principio. En todos los países y en todos los tiempos los que tienen la fuerza son quienes mandan. Sin embargo de las amargas quejas contra la Intervención y sus agentes, Maximiliano no dejó un momento de instar porque se prolongase á pesar de considerarla tan ominosa é inconveniente, y á ese fin se repitieron las gestiones por Hidalgo, por Almonte y por la misma Emperatriz, ofreciendo, por tal de conseguirlo, todo género de concesiones, por duras y humillantes que fueran, como lo com-

prueba sin linaje de duda el memorandum que Carlota presentó al Emperador de los franceses. En el partido conservador se reflejó el mismo sentimiento, y es curioso notar las inconsecuencias políticas: cuando venían los franceses, todos se jactaban de que con su ayuda consolidarían un gobierno estable y serían invencibles, y después, cuando se iban, no obstante sus instancias, ruegos y promesas, entonces declaraban que sin ellos organizarían mejor un gobierno nacional. En 1862 habían dicho por boca del General Almonte, uno de sus corifeos: "no venimos atendidos á las fuerzas del país, *que de nada nos servirían*; por eso traemos bayonetas francesas" y en 1864 por el Ilmo Sr. Labastida: "no olvidemos que á la magnánima y generosa Francia, que nos ha cubierto con su glorioso pabellón, debemos el haber alcanzado la dicha de constituir un gobierno nacional....." Al revés, en 1867, otro prominente político, el Señor Arango y Escandón, los despedía diciéndoles: "Idos, nada importa," mientras que el General Miramón declaraba "que cuando se marcharon del país los franceses, juzgó que el Imperio podría sostenerse mejor que con ellos."

También el señor Blasio se hace eco de la opinión vulgar de que la política liberal seguida por el príncipe, y el haberse rodeado de moderados, fué lo que ocasionó su ruina; pues nos dice textualmente:.....«comenzaron muy pronto las dificultades y comenzó también

á cundir el descontento entre los miembros del partido conservador, pues el propio Emperador, sin desconocer que entre los conservadores habia hombres de talento reconocido y reconocido valer, no dejaba de llamarles en francés «Vieilles perruques» y de preferir á los liberales, pues reconocía en éstos á los hombres del progreso y del porvenir. Asi sucedió que poco á poco fué haciendo á un lado á los mismos que lo habían traído al poder, y se fué á la vez rodeando de hombres, que por sus ideas avanzadas y antimonárquicas, no podían ser sino sus enemigos. (115)

Fuera de que Maximiliano gustaba de las ideas liberales, lo cierto es que aunque hubiera sido enteramente reaccionario, no habría podido gobernar de otro modo, por la sencilla razón de que así se le había ordenado por el único que podía dar órdenes. Napoleón III había declarado al General Almon-te, que mientras su ejército permaneciese en México, no se deshonraría la bandera francesa apoyando una ciega reacción, y de acuerdo con tal declaración, Forey había dado el escándalo de los pagarés de los adjudicatarios de bienes de manos muertas. Sabían, pues, los conservadores, cuál era la política que debía dominar. Después, Napoleón III le impone á Maximiliano en los artículos adicionales y secretos del Tratado de Miramar, la obligación de respetar ciertas leyes de Reforma, y ella es refrendada por uno de los conservadores de más confianza en su partido.

Así, pues, era insensato exigir del débil lo que no se habían atrevido á pedir al fuerte. ¿Acaso le impusieron al César francés condiciones para aceptar la Intervención que con tanto ahinco solicitaron?

Esto aparte, no hay razón para hacer el cargo de deslealtad á los moderados que aceptaron formar el Gabinete Imperial: todos sirvieron con la mejor buena fe, no sólo por su honor estimulados, sino por su propio interés: sabían perfectamente que su infidencia para la República jamás les sería perdonada por sus antiguos partidarios, que los consideraban como doblemente traidores á su Patria y á sus ideas políticas. Esos liberales moderados, allegados al Imperio, lejos, pues, de ser sus enemigos, eran sus más firmes sostenedores, porque habían quemado sus naves.

Además, la verdad histórica reclama que se contradiga la idea de que el Imperio no se consolidó por haberse puesto en manos de liberales; porque precisamente el prestigio momentáneo de aquel gobierno, y el contingente inmenso que le llevó la traición que arrebatara tantos combatientes de las filas republicanas, fué debido á la influencia de los moderados, pues hombres como Don José Fernando Ramírez, D. Pedro Escudero, D. José M^a Lacunza, D. J. M. Cortés Esparza, D. Luis Méndez y tantos otros, todos de relevantes méritos personales, ejercían grande y merecida influencia en todo

el país, merced á la cual pudieron quebrantar tantas conciencias. Para convencerse, basta leer la correspondencia del General Uraga y las proclamas de todos los que defecionaron al frente de cuerpos de tropa.

Aún el destierro honroso que se impuso á Miramón y á Márquez, fué debido, en mi concepto, al deseo de evitar serias complicaciones que emanaban del yugo napoleónico; pues habiéndose impuesto muy torpemente en el citado y célebre Tratado, la obligación á los jefes del ejército mexicano, de someterse al jefe francés, aun cuando éste fuera de graduación inferior, se crió con eso un elemento de rivalidad y discordia inextinguible. Y aquí en Guadalajara presenciábamos en principios de febrero de 1864, que con motivo de haberse aproximado unas fuerzas liberales, el Coronel Garnier, del 51 de línea, asumió el mando, á pesar de las protestas del General Miramón, que se hallaba al frente de una división, á quien aquél no hizo caso, por lo que tuvo éste que salirse para ir á fortificarse á San Pedro. Después de hechos de esta especie, ¿podían racionalmente permanecer en el país jefes militares tan distinguidos como Miramón y Márquez?

Lo cierto es que el partido conservador carecía de unidad política y de buen criterio para discernir las grandes cuestiones internacionales y aún para escoger á sus hombres. Sólo así se explica la obstinada ceguera en con-

tar con un apoyo extranjero y en pretender, al mismo tiempo, que éste fuese tan desinteresado, que lejos de cobrar siquiera los gastos de su expedición, abriese las cajas de su tesoro para hacer más efectivo su apoyo, y tan abnegado, que venciendo él todas las resistencias, á la hora del triunfo le entregase el poder sin reticencias. Solo así se comprende la designación del Archiduque de Austria para el trono de México, por las afinidades de Felipe IV ó Carlos II á que el Plan de Iguala hacía alguna referencia, y que entre tanto, el Sr. Gutiérrez Estrada, reputado como el más inteligente y más antiguo partidario de la monarquía, aconsejara que se pusiese al frente de los negocios públicos al General Zuloaga, á quien públicamente había ultrajado Miramón, á quien Márquez había desacreditado tanto en su manifiesto y á quien todos consideraban en las fronteras de la imbecilidad. ¡Y no llegaba allí la miopía de Gutiérrez Estrada, sino que aseguraba que desde que Santa Anna había desaparecido, no se encontraba en México un hombre. Por su parte Hidalgo apoyaba al General Almonte que era el personaje de confianza de Napoleon III, á pesar de haber mostrado todos los matices políticos de los partidos, siendo yorquino y jalapista, puro y moderado, republicano exaltado, y después monarquista intransigente!

Los liberales moderados que sir-

vieron altos puestos en el Imperio no pudieron consolidarlo porque esa era tarea irrealizable en virtud de los gérmenes de disolución que llevaba en su seno; la bancarrota en su sistema financiero; la impopularidad por la importancia de sus enemigos, y por lo exótico de la institución; el antagonismo entre los principios de la Francia y los de Gutiérrez Estrada y Labastida; las complicaciones europeas por el Holstein, la Confederación de la Alemania del Norte y el Luxemburgo; la pugna abierta entre el pueblo francés y su gobierno, y por último la actitud de los Estados Unidos.

Y la prueba de que no estaba la causa del mal donde la señalaba Blasio, es que habiéndose formado un Gabinete ultra conservador en julio de 1866, este «no logró hacer entrar un peso más al erario imperial, ni salvar una plaza, ni obtener una victoria, ni hacer sentir fuerza alguna.»

Volviendo al libro, hallamos la relación de un trágico suceso que nos hace pensar en tanta sangre como se derramó en los patíbulos; en la ferocidad de las Cortes marciales formadas por oficiales ignorantes y muchísimas veces extranjeros que no entendían el idioma español y por consiguiente no podían oír siquiera en defensa á los reos, á quienes enviaban al suplicio ó á la Martinica por los más leves indicios, y en lo difícil que es substraerse á las pasiones personales.

Fué el caso que hecho prisionero el

Coronel D. Carlos García Cano por tropas francesas y bajo la acusación de habérsele encontrado entre sus papeles un documento en que se mencionaba un complot para asesinar á los Soberanos, fué condenado á muerte por la Corte marcial. Su joven esposa se arrojó á los piés de Maximiliano suplicándole el perdón; pero él inflexible, hizo que la retiraran y que no se le permitiese la entrada en lo sucesivo. Entonces aquella infeliz señora se situó en el camino que tenía que recorrer el príncipe de Chapultepec á Palacio por la calzada de la Verónica y al llegar éste con su coche á aquel sitio, lejos de oírla, ordenó que retrocediese el carruaje y que á todo galope tomase por la calzada de Arcos de Tacubaya. Al día siguiente García Cano fué pasado por las armas.

Cuando en 1858 Orsini y sus cómplices atentaron real é infamemente contra la vida de Napoleón III y de Eugenia, lanzando tres bombas sobre su carruaje é hiriendo á multitud de personas, y fueron condenados á muerte, el Emperador quería á todo trance indultarlos y fué preciso para que no lo hiciera que su Ministerio, en sesión permanente durante una noche, le amenazara con dimitir. Al comparar esos hechos que presentan cierta semejanza huelgan los comentarios.

Cuenta Blasio los incidentes bien conocidos de la partida de la Emperatriz á Europa en julio de 1866 con

el fin de instar ella misma á Napoleón III para que dejase todavía por más tiempo sus tropas en México, y nos refiere los primeros síntomas de perturbación en aquel cerebro tan bien organizado: cuando en la noche que pasó de camino en Puebla se levantó y fué á visitar la casa deshabitada de Don José M. Esteva sin decir palabra y cuando al embarcarse en un bote en Veracruz para llegar al buque que la había de conducir á San Nazario, se rehusó á hacerlo mientras tuviese bandera francesa, por lo cual fué preciso quitarla y poner en su lugar una mexicana.

Después no vuelve hablar de ella sino hasta cuando la vió en Miramar en donde le exigió le dijese si durante la travesía estaba él seguro de que los pliegos de Maximiliano de que era portador no los habían tocado por las intrigas de Napoleón que era su mortal enemigo; pero nada dice de las entrevistas que tuvo la infeliz princesa con el soberano francés á pesar de ser la parte más interesante de ese doloroso episodio de su vida, tanto porque en ellas por primera vez se mostró ya definida la locura, como por la significación de su anatema. Al ser recibida en el Castillo de Saint Cloud por el Emperador, la Emperatriz y su Corte, según asegura Pierre Lano, manifestó durante la conversación tener sed, por lo cual Napoleón se apresuró á presentarle personalmente un vaso de agua con jarabe, á la vista del cual

y en actitud de rechazar espectros imaginarios exclamó con un acento de terror:—«¡Quieren envenenarme..... quieren envenenarme!» Se la tranquilizó con trabajo y al día siguiente no conservaba ningún recuerdo de esa demencia fugaz; pero pocos días más tarde, cuando á pesar de su resistencia, el César la recibió para oírla, en aquella conferencia tristemente célebre, brotaron los últimos destellos de aquella razón clara y poderosa que tocaba á su ocaso en las nieblas del dolor y del desengaño: fue el postrer relámpago de una luz que se extinguía. Porque no hay que dudarlo: la nieta de Luis Felipe en los momentos en que se apagaba para siempre su razón, tuvo la intuición del porvenir; fué una vidente.

Desechadas sus súplicas ante la fría razón del Estado y una vez declarado que la voluntad imperial sería impotente para renovar sus compromisos porque las Cámaras y el pueblo rechazarían su deseo, por lo cual no podría ya ayudar al Imperio Mexicano ni con un soldado, ni con un franco, la infeliz princesa con señales de mortal agonía exclama: “Sire, el Emperador Maximiliano tiene allá enemigos que no perdonan. Solo contra ellos será débil y sucumbirá. Yo he venido hacia vos para salvarlo, por lo cual espera mi regreso con una afectuosa impaciencia, en la ansiedad del condenado á muerte que cuenta las horas que le restan de vida. Sire,

vos amáis y es imposible que el recuerdo de vuestra dicha os deje indiferente ante las afecciones de los otros. Yo os pido gracia para él y para mí. Os pido que no permitáis que se le sacrifique al orgullo de un pueblo rebelado, y de la misma mano que tantas veces concede la vida á los criminales, espero la vida de un hombre honrado, la vida del Emperador Maximiliano”.

Y ante aquella previsión de la mujer que ama, su interlocutor, sin comprenderla, se limita á contestarle: «Parecería, señora, por vuestras palabras que vuestro esposo correría algún peligro.» Pero cuando perdió aquella mujer el último rayo de esperanza, entonces, cual una profetiza que anuncia las venganzas del cielo, se yergue y amenazadora le dice: «Sire, se dice que sois bueno y es mentira! Sire, se dice que sois un soberano magnánimo, y es mentira! Sire, se dice que sois glorioso y también es mentira! Sois Sire, un hombre malvado. Sois un amo sin autoridad. Sois un jefe sin ideales. Sois la Fatalidad y nosotros somos vuestras víctimas. Vos creais el mal y permitís que el mal se realice; pero el mal se volverá hacia su origen, os herirá á vuestro turno y no iréis más adelante. Vos os desplomaréis con vuestro trono bajo el golpe certero de un destino que no conocéis.»

Hay en todas esas frases como un eco de la voz de Isaías y no sabemos

si considerarlas como la última expresión de una inteligencia privilegiada ó como la primera muestra de demencia.

Después extendió sus brazos con ademán de mando y exclamó: atrás! añadiendo en seguida: «Sire, soy ahora yo quien os dice que no espero ya nada de vos. (*L'Empereur* pág. 143),

Fácil era conocer el destino del trono de México que en esos momentos sufría embestidas por todas partes, si bien nadie pensaba entonces en el fin trágico del Archiduque; pero aquella mujer ordenando al Emperador de Francia que no fuese adelante porque iba á desplomarse, revelaba al mundo entero un secreto de Estado. Parece como que aquella voz marcaba la declinación del poder Napoleónico en los momentos en que se le suponía más fuerte, porque era á la sazón cuando se preparaba á admirar á la Europa entera con el brillo de su inolvidable Exposición Universal, que habría de reunir en París Emperadores y Reyes, artistas, literatos, y viajeros en un torbellino deslumbrador de lujo, de riquezas, de grandeza, y de placeres. Y sin embargo, estaba ya decretado el «hasta aquí» que habría de contener á aquel ambicioso sobrehumano, como se contienen los oleajes embravecidos del mar por una playa de arena. En aquellos mismos instantes de esplendor y de gloria, se levantaban por todos lados nubes

obscuras que empezaban á cubrir el horizonte, como si hubieran obedecido á la airada profetisa de Miramar. El asunto del Luxemburgo muestra la debilidad del gobierno; mientras el fusil de aguja inquieta tanto al ejército, la cuestión romana divide los ánimos; las reuniones socialistas turban la tranquilidad y otros mil y mil pequeños obstáculos marcan por todas partes la declinación ineludible del Imperio. La alegría de la brillante Exposición, turbada sin embargo por la noticia del fusilamiento de Maximiliano, y por los conatos regicidas de Bezerowsky, fué sin embargo la última manifestación del poder de Bonaparte.

Cuantas veces en los dolorosos insomnios de Chileshurst, Napoleón, sin corona y sin espada, pensando en el desmoronamiento de su imperio, debe haber recordado la fatal entrevista y contemplado la visión de aquel fantasma amenazador que como Macbeth se empeñaba siempre en limpiar manchas de sangre!

Por lo demás, Napoleón, como Jefe de Estado, no podía contestar de otro modo á las súplicas y á las recriminaciones de la Emperatriz; pues claro está que ante la oposición del Cuerpo Legislativo y de la Francia entera; ante la necesidad ingente de tener á la mano todos los elementos militares para poder arrojarlos en la balanza en que estaban pesándose tantas complicaciones europeas; ante el

fracaso de sus proyectos en México y ante la guerra que se presentaba en perspectiva con los Estados Unidos, no debió nunca vacilar en retirar su ejército. Pero esto ¿le quita acaso la responsabilidad moral en que incurriera desde el momento en que alhajando la ambición del infortunado Archiduque le ofrece el trono y le promete su ayuda? En el Tratado de Miramar había estipulaciones recíprocas, de tal suerte que si el Emperador de los franceses se obligaba á tener su ejército hasta 1867, el de los mexicanos ofrecía en cambio pagar los gastos de la expedición, lo que no pudo hacer nunca. Pero cuando Bazaine hacía subir á diez y seis millones de francos los *gastos de transporte* de la columna expedicionaria francesa á Michoacán, y por ese estilo se exajeraban otros cobros, habría sido inmoral en todo caso que los hubiese pagado Maximiliano; pero careciendo absolutamente de recursos no había razón para reclamarle tales pagos, mayormente si se considera que en el Tratado de Miramar, Napoleón conocía ya cuales eran los escasos recursos de México, que no le permitirían al Archiduque hacer frente á tales compromisos, mientras que éste no lo sabía.

Esas justas inquietudes quiso Napoleón acallarlas insinuando la necesidad de una abdicación que permitiese á Maximiliano volver á Europa con las tropas francesas y aunque de diferentes modos trató de que

se aceptara esa idea salvadora, ya proponiéndola con empeño á Carlota, ordenando á Bazaine que influyese personalmente para que el Archiduque la aceptase y aún enviando expresamente con ese fin al Gral. Castelnau, es lo cierto que se mostró siempre altanero é impolítico.

Fueron terribles aquellos días para el infortunado Archiduque y naturalmente al verse herido en todos sus afectos, en todas sus esperanzas, en todos sus ideales, su carácter vacilante lo impulsó á tomar medidas contradictorias. La enfermedad de su joven esposa, el abandono de su protector, el incremento de sus enemigos, la ruina de su tesoro público y la destrucción de su ejército, todo abatía necesariamente sus escasas energías y así fué como se decidió, sin decir á nadie una palabra, á abdicar y volverse á Europa.

Salió de Chapultepec el 21 de octubre de 1866 y se dirigió á Orizaba desde donde dió ya á conocer sus intenciones tratando de los últimos arreglos de su partida.

Allí fué donde lo encontró el Sr. Blasio que volvía de dejar pliegos importantes á Carlota, así es que nos refiere las intrigas que se pusieron en juego para detener á su soberano y que son muy conocidas. Mas como hay algo y muy notable, recientemente publicado acerca de tales episodios y de los cuales para nada se ocupa el autor, voy á referir algunos y á refutar la opinión

que se manifiesta en el libro de que me ocupo y que es moneda corriente entre nuestros escritores: que el partido conservador fué el culpable de haber retenido en esa vez á Maximiliano impidiéndole que realizara su propósito de abdicación.

El día 25 de noviembre, nos dice, se abrieron las sesiones.....Comenzó la primera presidida por S. M. quien de pié, vestido con mucha sencillez..... dijo que no había querido tomar ninguna resolución definitiva, sin que antes deliberaran sus consejeros y que esa deliberación fuera enteramente independiente del influjo francés.....

Largas y acaloradas fueron las discusiones de los consejeros, y mientras influenciados por Fischer en primer término, discutían y decidían del destino de aquella noble alma, Maximiliano recorrió los campos con el naturalista Billileck y con el Doctor Barh, coleccionando mariposas é insectos y ajeno casi á las decisiones de aquel consejo que, puede decirse, preparaba ya el cadalso de las Campanas. —La mayoría del famoso consejo de Orizaba opinó que el Emperador debía quedarse en el país y regresar inmediatamente á la capital. (pág. 288)

Todo eso es cierto, pero hay algo más que nos prueba que no fué el consejo el que resolvió el cambio operado en la voluntad imperial.

Cuando salió de Chapultepec lle-

vaba una resolución de abdicar tan firme, que bien pudiera tenerse como definitiva, supuesto que había dejado la abdicación en pliego cerrado en manos de Bazaine á quien le ofreció telegrafiarle en el momento en que debiera publicarla; había hecho escoltar el camino hasta Veracruz y había hecho llegar á ese puerto las fragatas austriacas *Elisabeth* y *Dandolo*. Después confirmó su deliberado propósito haciendo embarcar sus equipajes y declarándolo así á todos los que por su posición podían interrogarlo. El Gral. Miramón el 12 de noviembre escribía á México: "He hablado hoy al Emperador á quien he encontrado decidido á dejarnos" y todavía el 19 el Capitán Pierron telegrafió: "Acabo de tener una larga conferencia con el Emperador. Su Majestad no volverá á México, va á dejar el país". Todavía el 20—el mismo día que llegaba á Veracruz la carta de la augusta señora,—telegrafió Maximiliano á Bazaine diciéndole: "Ninguno de los pasos que he dado autoriza que no se crea que tengo intención de abdicar *en favor de* determinado partido. El haber llamado al Consejo de Estado y á los Ministros ha sido precisamente para que unido á ellos se deposite el poder interino en las manos en que deba dejarse cuando llegue la hora de abdicar y mientras el voto de la nación arregla lo demás..... Mi único deseo es nombrar una regencia provisio-

nal.....en fin buscar protección para los imperialistas sin mezclarme en nada de lo demás".

Cierto que los Ministros conservadores, y el Padre Fischer, su secretario, le instaban porque se quedase para lo cual le ofrecían grandes recursos y nuevos apoyos; cierto que Miramón y Márquez, llegados en esos momentos, ponían á su servicio sus espadas y cierto también que Mr. Eloy le escribiera en esos días que importaba que conservase á salvo su prestigio porque en Austria había un partido que cada día tomaba creces y que pretendía elevarlo al trono en lugar de Francisco José, para lo cual era conveniente que no hiciera un papel desairado volviendo á Europa entre los bagajes de los franceses. Pero todo eso estaba ya discutido y desechado hasta el día 19, según lo hace constar el telegrama de Pierron.

Mr. Emile Ollivier es quien por primera vez consigna el hecho de que habiendo tocado á Veracruz el paquebot americano el 20 de noviembre, trajo al afligido príncipe una carta de su madre la Archiduquesa Sofía, carta que en Orizaba debe haber recibido el 21, en la cual le informaba de las malas disposiciones en que á su respecto se encontraba su hermano el Emperador de Austria, que harían que tal vez no le permitiese la vuelta á sus Estados, por lo cual valía más que se enterrase entre los escombros

de su Imperio, que dejarse abatir por la política francesa.

Desde ese instante la idea de abdicación quedó desechada, al menos por lo pronto, y aceptada de antemano la decisión de la junta que para nadie era dudosa, supuestas las personas que la formaban: se mandaron recoger los equipajes ya embarcados y se cambió de rumbo por la centésima vez. Aunque el autor hace alusión á esa carta, no le da todo el valor que parece tuvo.

No era posible que aquel hombre de carácter caballeroso, voluble y sin iniciativa ni penetración, resistiese á tanta y tan desbordante presión.

Grande fué la sorpresa y el disgusto de Castelnau, cuando supo aquel cambio de ideas que tanto contrariaba á Napoleón, así es que trató entonces de influir porque se volviese á la idea de abdicación, y como desconfiase de Bazaine, hizo redactar, con fecha 8 de diciembre, una declaración concebida en estos términos: «Los infrascriptos, después de haber examinado bajo todas sus facetas la cuestión mexicana, han decidido hacer constar que no ven más que una solución posible para salvar los intereses que se ventilan: la abdicación del Emperador.....» la cual firmaron él como enviado especial de Napoleón, el mismo Mariscal y el Ministro de Francia.

Armado con ese documento, Castelnau en unión de Danó logró por fin una entrevista con Maximiliano el día

22 en la quinta de Xonaca, cerca de Puebla, y allí, cuando agotados los argumentos en favor de la retirada se añadió que Bazaine pensaba del mismo modo y que no veía salvación sino en ese medio, en apoyo de lo cual se leyó la declaración citada; Maximiliano, sacando un papel de su escritorio, contestó: «He aquí un documento más fresco;» y les mostró un despacho de la víspera, en el cual el jefe francés le decía, que en su concepto bien podría conservar su corona y que él haría esfuerzo por sostenerlo y organizar las tropas mexicanas. Ante la turbación de los representantes de Napoleón, agregó con malicia y complacencia, según la Relación de Castelnau citada por Ollivier: «Parece que no estais habituados á los modos de obrar del Mariscal; en cuanto á mí, estoy acostumbrado á ellos y sé muy bien cuánto se puede fiar en él.»

No fueron, pues, ni las engañosas instancias de los conservadores, como indica el Sr. Blasio, ni la ambición desenfrenada de Maximiliano, como pretende el Sr. Bulnes, las que lo retuvieron en mala hora: fué la respetable voz de su madre, que le hacía patente su dignidad herida en el seno mismo de su familia y en los ámbitos de su propia patria, á la vez que las mentidas promesas del Mariscal que le mostraban todo el doblez con que procedían sus antiguos aliados.

Instruido el Emperador de Francia por un telegrama de Castelnau, del

cambio de resolución del Archiduque, ordenó al punto por un cablegram^a *ab irato* que también se repatriara la legión extranjera formada de austriacos y belgas, que según el manoseado Tratado de Miramar, debería permanecer un año después de la retirada de los franceses. Por eso dice con justicia Ollivier: "Se violaba ese compromiso. Se le habían quitado al príncipe sus aduanas y ahora se le quitan sus soldados. No se contentaban con abandonarlo, sino que se le espoliaba y se le desarmaba."

Apenas llegado á la Hacienda de la Teja, el 5 de enero de 1857, (aunque se dice en el libro que el 6) de vuelta de aquel conato de fuga, y cuando lo felicitaban sus Ministros y altos funcionarios, no bien había terminado la comida, cuenta el autor, que llegó al Coronel de la Gendarmería, D. Feliciano Lamadrid, un telegrama urgentísimo en que se le anunciaba que al salir de Cuernavaca las tropas austriacas, había sido asaltada la plaza por los republicanos, que se habían apoderado de ella.

"Los invitados se retiraron profundamente emocionados, preguntándose qué iba á suceder en breve, si á veinte leguas de la capital se presentaban los liberales y se apoderaban de una ciudad."

Se dió permiso á Lamadrid para salir luego en persecución de los asaltantes, y al día siguiente nuevo telegrama anunciando la muerte de aquel

valiente. «Maximiliano no pudo contener su emoción y se humedecieron sus ojos.»

A una demostración tan gráfica de que no podían sostenerse las fuerzas imperialistas, se añadieron instancias ya francas de Bazaine, quien no pudiendo ponerse frente á la política de su amo, declaraba que se había ya convencido de que era imposible el sostenimiento del trono, después de la retirada de la legión extranjera, por lo cual el único medio de salvarse estaba en la tan discutida abdicación.

En cambio de semejante variación por parte del Mariscal, también en el ánimo de su interlocutor se había operado con respecto á su persona, pues lejos de mostrarle el mal concepto que había expresado á Castelnau quince días antes, ahora le llamaba «su mejor amigo en quien tenía depositada toda su confianza.»

Nuevas vacilaciones en aquel soñador y nueva junta de altos funcionarios para examinar el caso. El señor Blasio no refiere la impresión que haya causado en el ánimo de su personaje esta segunda asamblea, ni habla una sola palabra de ella, probablemente por no tener que censurar la indecisión que mostraba, pues como declaró uno de los asistentes (Fonseca) votaba porque la cuestión no se volviera cada mes á discutir!

En esta segunda vez sí creo que Maximiliano deseaba que se pronunciase por la abdicación para que le abriesen

así una puerta honrosa de retirada; porque en el cortísimo intervalo del 25 de noviembre en que se reunió el consejo de Orizaba, al 14 de enero en que tuvo lugar el de México, había cambiado notablemente la faz del Imperio: pues Escobedo con sus tropas se había apoderado de San Luis y Zacatecas; Corona de Jalisco; el General Martínez de Tulancingo, &, &, quedando en fin reducido á México, Veracruz, Puebla y Querétaro; de suerte que lo que en noviembre era una previsión, en enero se había trocado en desesperante realidad.

Sin embargo, de los treinta y cinco consejeros que allí se reunieron, sólo votaron por la abdicación siete, que fueron: Bazaine, Robles Pezuela, López-Portillo, Cortés Esparza, Pérez, Cordero y Sarabia, salvando sus votos los Sres. Labastida y Barajas.

Quien fué objeto de mil elogios por su conducta, fué el señor Don Alejandro Arango y Escandón, notable literato y honorabilísima persona, quien lanzó una terrible catilinaria contra el Mariscal, á quien despidió con la célebre frase de Pablo IV al Duque de Guisa: «Idos, nada importa. Habeis hecho muy poco por vuestro Soberano; menos aún por la Iglesia: nada, absolutamente nada, por vuestra honra.» Muy acreedor era Bazaine á tan cariñosa despedida; pero ¿tocaba al Sr. Arango, miembro de la Junta de Notables en 1863, que había abdicado la soberanía nacional en Napoleón III,

remitiéndose á su benevolencia, renegar de su obra para asumir el papel de víctima?

¿Podía ser sincero cuando aconsejaba “luchar hasta el fin por conservar el principio monárquico en México, base y elemento esencial de la vida, del engrandecimiento y de la prosperidad de nuestra patria,” á pesar de que él mismo con su buen juicio dudaba de la exactitud de los datos ministeriales encaminados á infundir confianza:—once millones de pesos y 20,000 soldados—y estaba oyendo al Mariscal decir que con 30,000 franceses y 22,000 mexicanos no había podido pacificar el país?

De los demás, uno, Murphy, dijo que los disidentes no eran sino banda de ladrones; Márquez, que las ciudades que se encontraban en poder del enemigo, se declararían bien pronto, como en otras veces, imperialistas; un tercero, García Aguirre, que si faltaban soldados debería hacerse uso de la recluta forzada, y si faltaba dinero, debería tomarse de donde lo hubiera; otro, que existían once millones de pesos disponibles y 20,000 soldados, y, por fin, Villalba, que el Emperador había ofrecido quedarse y que lo conjuraba para que cumplierse su promesa. [Dr. Rivera, Anales, pág. 219 y sig.]

Todo era pasión, mentira y egoísmo! Puede decirse que esa Junta fué el Congreso de guerra que condenara á muerte al desgraciado príncipe.

Después renació el disgusto entre el Emperador y el Mariscal, al grado de

cortar toda relación y de no volver á verse ni aun para despedirse.

Se concentraron las tropas francesas, y por fin, el 5 de febrero evacuaron á México, marchando á la cabeza de sus regimientos Bazaine y Castelnau y pasando por Palacio para tomar las calles de Jesús y salir al camino de Veracruz. Al abandonar el país, el Mariscal cometió los más censurables actos de deslealtad, clavando cañones, inutilizando material de guerra, ofreciéndolo en venta á los republicanos etc. No se sabrá criticar suficientemente su conducta.

Era un verdadero militar, pero no tenía aptitudes para haber ayudado en aquella ardua empresa. Había en Francia tal deseo de que volviese el cuerpo expedicionario, que al verlo desembarcar en Tolón, se olvidaron las faltas para elogiar aquella ordenada retirada. La inmensa mayoría del ejército se desbordaba en sospechas y censuras contra su jefe.

Pocos meses antes, al participar el Gobierno de las Tullerías á las Cámaras que iba á retirarse ya el Cuerpo expedicionario, por medio de Mr. Rohuer, el Ministro sin cartera, el eloquente Rohuer, el Vice Emperador, como se le llamaba entonces, dijo que el ejército francés había traído á México, bajo el pliegue de sus banderas, la victoria, la civilización, la justicia y una buena organización financiera; pero estaba tan acostumbrado á mentir, á engañar á la Francia, á defender tantas tiranías, que buen cuidado tuvo de

callar que aquel ejército se había presentado violando la palabra empeñada solemnemente por Saligny y Jurien de la Graviere en los Convenios de la Soledad, y se retiraba faltando á sus compromisos de Miramar. Habían llegado engañando á Juárez y se iban engañando á Maximiliano.

Hablaban de victoria los que se declaraban impotentes para vencer la resistencia republicana; invocaban la civilización los que quemaban los pueblos, diezmaban á sus habitantes, fusilaban á los prisioneros; hacían referencia á la justicia, quienes habían emprendido una guerra sin causa contra una nación débil; mencionaban el orden en la administración aquellos que, si bien no pudieron arreglar una sola aduana, en cambio supieron organizar el contrabando hasta abrir una gran tienda, á la cual se llamaba «Los precios de Bazaine.»

Con razón D' Hericault declara con calor que «Obtuvimos (con la expedición francesa) *en todo y con una regularidad matemática*, resultados *exactamente contrarios* á los que habíamos previsto, esperado y procurado.—Ibamos á reclamar cantidades que se debían á la Francia: éstas se han doblado.—Ibamos á vindicar nuestro prestigio en México y hemos sido burlados.—Ibamos á vengar á nuestros nacionales insultados: hoy se les podría quemar vivos sin que tuviésemos medios de obtener ni una excusa.—Ibamos á restaurar nuestro comercio y lo hemos

dejado más arruinado que nunca.— Ibamos á conquistar á esas gentes y á establecer un Imperio, y nos han obligado á partir y han matado á nuestro emperador, principalmente porque era nuestro. Fuimos á regenerar á un pueblo y á establecer la paz, y hoy la anarquía es más violenta que nunca..... Fuimos á salvar á este pueblo de las garras de los Estados Unidos: se encuentra más en ellas.—Fuimos en nombre de la Europa á debilitar la América, y los yankees han hecho retroceder á la Europa.....» (pág. 397 y sig.)

Para tanta ignominia que constituía, según una frase célebre, el más brillante pensamiento del reinado de Napoleón, se habían gastado novecientos millones de francos y se había derramado mucha sangre. Nunca se quiso precisar el número de víctimas, porque cuando acerca de eso se interrogó algún día al Ministro de la Guerra, contestó desde lo alto de la tribuna: «Nuestros soldados no cuentan antes del combate á sus adversarios como no cuentan después el número de sus muertos.» Preciosa retórica á la que supo contestar al punto el ilustre Berryer: «No, nuestros soldados no cuentan sus muertos; pero aquí en Francia hay madres, hijas y esposas que sí los han contado.» También en México hubo quien contara los muertos!

A los ocho días de la evacuación de México por los franceses, salía el Emperador al frente de dos mil hombres, con Márquez, el Ministro García Agui-

rre, Pradillo y Ormaechea, oficiales de órdenes, el Dr. Bash y Blasio. ¿A dónde iba? ¿A qué iba? El mismo lo ignoraba, y el señor Blasio sólo nos dice que «De acuerdo con sus generales había dispuesto ponerse al frente del ejército y seguir la campaña en el interior del país.» Tal decisión, según suponía él, no dejaría de levantar el ánimo de las tropas, muy decaído con la derrota de Miramón» [pág. 308]

Lo cierto es que marchaba, víctima de su debilidad, empujado por la mano de Lares y de Márquez. El día 9 de febrero acababa de escribirle á su Ministro: «.....Cada resolución adoptada para terminar la guerra civil nos conduce á encenderla más, y donde quiera que se intenta consolidar el Imperio, corren torrentes de sangre, sin obtener la menor ventaja. Se esperaba que una vez emancipado el Imperio de la Intervención, nuestra acción se haría sentir de una manera saludable en favor de la paz. Desgraciadamente ha sucedido lo contrario, y si los hechos para siempre lamentables de S. Jacinto y Monte de las Cruces nos sirven para abrírnos los ojos, constituirán el recuerdo más amargo del Imperio. Mucho se prometía de la habilidad, de la aptitud, de la lealtad y del prestigio de los Generales Mejía, Miramón y Márquez. El primero ha dejado el servicio so pretexto de su estado de salud; el segundo ha sacrificado casi sin combatir, en la primera batalla que ha dado, todos los elementos que se le habían

confiado; el tercero, después de haber arrancado todo por los medios más violentos.....ha ordenado una expedición mal calculada.....Al mismo tiempo el tesoro está agotado.....

En situación tan crítica.....espero, pues, que tenga Ud. á bien indicarme con la prontitud que las circunstancias exigen, las medidas que Ud. juzgue oportunas para desenlazar la crisis actual.....”

Claro se ve, como dice el Sr. Dr. Rivera: “Maximiliano trataba de la suspirada abdicación, y Lares le contestó despachándolo á Querétaro para la *solución* del negocio. ¡Pobre Príncipe!” [Anales, pág. 225]

“Ese consejo, ha dicho un escritor, sólo pudo ser dado por un traidor y seguido por un imbécil.” Era realmente inexplicable que el soberano abandonase la capital, desafiando los peligros de una campaña seria, contra la opinión de Lacunza, al frente de una insignificante brigada, para marchar al interior en los momentos en que Escobedo acababa de desbaratar á Miramón en San Jacinto, y cuando el autor del libro nos refiere que la expedición tuvo que aplazarse un día por no haber podido reunirse los fondos necesarios: cincuenta mil pesos. ¿Dónde estaban los millones de pesos y los millones de soldados de que habían hablado quince días antes los Ministros?

El Sr. Bulnes supone que Maximiliano marchó á Querétaro guiado por su ambición, al saber que algunas personas

le habían ofrecido allí á Miramón, según refiere Alvarez, que desconociera el Imperio y puesto á la cabeza del ejército y del partido conservador, se declarase jefe supremo de la Nación, proposición que, aunque desechada caballerosamente, se hizo saber luego al Emperador, por el Comisario D. Domingo Pazos, y le causó viva inquietud. No creo que tenga fundamento sólido tal hipótesis, porque nunca había estado Miramón en peores circunstancias para promover cualquier movimiento contra su gobierno, pues derrotado enteramente el 1º de febrero, había acabado por completo con las tropas que formaban su división, y habría bastado en esas circunstancias que se le hubiese llamado á México á pretexto de organizar nuevas tropas para separarlo del teatro de la intriga y hacer desaparecer cualquiera temor.

Se nos cuenta que un poco más adelante de Tlalnepantla, á cuatro leguas de la capital, se encontró la columna imperial con la primera guerrilla republicana que empezó á tirotearla: era la última demostración de lo que podía esperar el Archiduque, puesto que en las goteras de México se le atacaba con tal audacia, que debió necesariamente pensar que no podía dar un paso sin encontrar enemigos por todas partes.

Mas cualquiera idea triste que pudiera haberle asaltado, se disipó ante los festejos que le hicieron al recibirlo

en Querétaro. Eran los últimos ecos de alegría.

El 19 llegó allí, siendo recibido por sus principales generales. Mejía había llegado con el resto de sus tropas que pudo sacar de San Luis; Miramón, que se había unido á Castillo, con las que éste logró el triunfo de La Quemada; Liceaga con las fuerzas que salvó de Guanajuato.

De esa suerte se hizo irrealizable el pensamiento de Maximiliano de establecer su cuartel imperial en Lagos, como punto más céntrico del país, y apenas llegado á Querétaro, se supo que el enemigo marcharía sobre esa plaza.

Es curioso recordar que en aquellos momentos en que el príncipe había dado muestras de tanta ineptitud política, el General Escobar, como Prefecto de la ciudad, lo felicitara diciéndole con toda seriedad: «Señor: la posteridad dará á V. M. con verdadera justicia el título de Maximiliano el Grande.»

Pero cuenta el señor Blasio una anécdota de terrible importancia. «En la tarde del día de la llegada, dice, se sirvió un banquete al que no asistió el Soberano, y allí Márquez pronunció un brindis lleno de sarcasmo y de ironía contra la juvenil temeridad de Miramón y se refirió á su último desastre. Este valiente y leal militar, pálido de ira, se contuvo, sin embargo, y brindó secamente por el ejército.» (pág. 322) Igual cosa nos había ya referido el Dr. Bash. (pág. 145)

Y necesitaba comprobarse un hecho tan insignificante en sí, pero de tan grande trascendencia, porque con él se demuestra que la rivalidad, el odio y la pasión entre aquellos hombres, columnas sostenedoras del Imperio, no reconocían límites ni ante la lealtad debida, ni ante el peligro común.

Ya en Querétaro el General Márquez, siguiendo sus procedimientos de engaño y falsía, tuvo la audacia de escribir al Sr. Larcs, Presidente del Consejo de Ministros: «No puede Ud. figurarse, querido amigo, todas las ventajas que hemos obtenido con esta expedición del Emperador. Su Majestad ha podido ver personalmente *que no hay palabra de verdad sobre lo que se me ha dicho respecto de la situación del país*. Lo que presentaban al Emperador como otras tantas brigadas y divisiones del ejército juarista, obrando de concierto y obedeciendo á ese centro común, no se compone, S. M. lo ha visto, sino de miserables partidas de malhechores, que, lejos de estar unidas esas gentes, viven en completa anarquía, se hacen la guerra los unos á los otros, é incapaces de batirse, huyen al primer tiro de nuestras tropas, sea cual fuere el número.» Y todavía ha tenido Márquez para justificarse de tan desleal proceder la ocurrencia de decir que esa carta, por el hecho de ser confidencial, sólo contenía su juicio privado; que fué el resultado de las noticias que respecto del enemigo había recibido en Querétaro,—probablemente de

los que habían sucumbido en Santa Gertrudis, San Jacinto y Guanajuato, ante los que huían al primer tiro;—y que “al escribir así, cumplió con lo que previene la Ordenanza al prohibir que se hagan elogios del enemigo.”!! (Manifiestos, pág. 121).

Es extraño que el Sr. Blasio nada refiera del rompimiento entre Márquez y Miramón, con motivo de haber sido el primero nombrado General en Jefe del Ejército, quedando el segundo con el mando de la infantería; pues dió lugar á un acto de insubordinación por parte del antiguo Presidente conservador, que declaró en una carta poco conforme á la Ordenanza, que renunciaba su puesto y sólo lo conservaría hasta el primer combate con el enemigo, pues no podía quedar á las órdenes de aquél.

“El General Márquez, habiendo estado á mis órdenes, nunca podré considerarlo como mi superior. Preferiría retirarme á la vida privada más bien que recibir un golpe tan duro, que heriría mortalmente mi dignidad, ni amor propio, y estaría en oposición con todos mis antecedentes.” Victoriosamente refutó Márquez estas apasionadas aseveraciones, diciendo: “Yo comencé mi carrera militar de cadete, en enero de 1830, antes que naciera Miramón.....En consecuencia, el año de 1954 yo era ya General graduado y mandaba una brigada en Toluca, á la cual pertenecía el batallón de California, de donde era comandante, esto es,

último jefe acabado de ascender en esos días, D. Miguel Miramón, á quien conocí entonces, sirviendo á mis órdenes como mi subordinado, en un grado tan distinto al mío.”

Tal fué la respuesta de Miramón al brindis de Márquez, y como asegura el Lic. Alvarez, este incidente que explica una rivalidad profunda entre los dos caudillos, es necesario tenerlo presente porque será la clave de uno de los pasos que se dieron en Querétaro.

(Hist. de Méx, tom. 6, pág. 410)

Maximiliano tuvo que someterse á tanta exigencia y tomó entonces el mando en jefe, no obstante que había declarado en un principio, con sinceridad y modestia, que él era marino y no militar, nombrando á Márquez, Jefe de Estado Mayor.

A pesar de estos preliminares que en nada se compadecen con la sinceridad y la subordinación, todas las operaciones del ejército imperial en Querétaro están rodeadas de tal nimbo de luz, que son pocas, muy pocas, las personas que no aparecen deslumbradas y que han llegado á formarse una idea exacta. Y es que los defensores de la plaza mostraron un valor tan heroico, una resistencia tan obstinada, una voluntad tan firme, que cubrieron con eso poridades vergonzosas. Y después, todavía la sangre de tan ilustres víctimas parece como que detiene al mismo juicio de la Historia. Pero para ella sólo la verdad es respetable y

nada ni nadie se substraе á su definitivo fallo.

Digo esto porque cuando la opinión popular muestra el sitio de Querétaro como una serie no interrumpida de actos de heroísmo, de abnegación y de lealtad, la verdad histórica nos lo pinta como el desencadenamiento de todas las más viles pasiones: el egoísmo, la envidia, la ambición y la mentira, todas ellas cubiertas con el brillante ropaje del valor audaz.

El simple recuerdo de los principales acontecimientos puede dar una idea exacta.

El Sr. Blasio asegura que las fuerzas imperialistas reunidas en Querétaro, se componían de nueve mil hombres, y aunque esa es aseveración de otros muchos autores, creo, sin embargo, que debe fijarse en 10,000, por que es la cifra que parece indicar el Gral. Márquez y es la que dan Paul Gaulot y otros escritores, exclusión hecha de los republicanos.

Ahora bien, "Escobedo se dirigía á Querétaro por el camino de San Luis Potosí, y Corona por el de Acámbaro, separados los dos ejércitos por una distancia de cincuenta leguas.—En el acto Miramón, comprendiendo la situación tirante en que se hallaban, insistió con Maximiliano para que le permitiera atacar á Escobedo, contando las fuerzas imperiales casi con igual número de hombres que los republicanos.—Esperaba Miramón, que batida la primera fuerza se podría luego caer

sobre la otra, alentados los imperialistas por la primera victoria.—Aseguraba, además, con mucha justicia y conocimiento de causa, que esa era la única probabilidad de salvación, pues reunidas las fuerzas de Escobedo y Corona, sería muy difícil el triunfo. *Pero bastaba que tal proposición viniera de Miramón, para que Márquez se opusiera*, y como éste gozaba de absoluta preponderancia en el ánimo del Emperador, prevaleció la opinión del segundo y permanecemos en la más absoluta inacción, permitiendo á los Grales. Escobedo y Corona que tranquilamente reunieran sus fuerzas y comenzaran á cercar la ciudad el seis de marzo." [pág. 332].

Todos los que se han ocupado de la campaña de Querétaro, acusan la ineptitud del Ejército Imperial, al permitir la reunión del Ejército del Norte con el de Occidente, y aunque el distinguido historiógrafo D. F. Iglesias Calderón, siguiendo á D. Juan de D. Arias, cree que las marchas tan precisas de Escobedo y Corona hicieron imposible el que se les combatiese separadamente, me aparto de su autorizada opinión y atribuyo semejante falta á los móviles manifestados por el Sr. Blasio.

No cabe duda que en la junta de guerra, celebrada el 22 de febrero, Miramón propuso salir al encuentro del enemigo, señalando el 26 para la partida. Así consta en el acta respectiva citada por Ramírez Arellano [Últimas horas del Imperio, pág. 46], y aunque

fué aprobada tal iniciativa, poco después se cambió de resolución, atribuyendo algunos el cambio á falta de recursos para poder movilizar las tropas; pero esa no puede ser la verdadera razón, porque si bien es cierto que estaban agotados los \$50,000 sacados de México, también lo es que se impuso en la ciudad un préstamo forzoso de ciento cincuenta mil pesos, que estaba hecho efectivo en su totalidad antes del 1º de marzo. (Paul Gault, *Fin d'Empire*, pág. 280]. El Lic. D. Ignacio Alvarez, testigo presencial, pero muy adicto á Márquez, dice que "la salida del ejército fijada ya para el 26 de febrero, para encontrar al enemigo y batirlo en detall, al fin no tuvo lugar, porque varias personas de la ciudad, apoyadas en su petición por el General Mejía, solicitaron no se dejara sola la plaza, temiendo la ocupación de ella por los republicanos, y entonces el Emperador resolvió esperar la llegada del General Olvera con fuerzas de la Sierra." [Estud. sobre la Hist. de Méx. tom. 6º, pág. 411]

Eso mismo asegura Márquez en su Manifiesto (pág. 134) pero Ramírez Arellano sostiene que habiéndose resuelto la salida para el 26, «entonces fué cuando Márquez influyó secretamente en el Emperador para que esa salida no se efectuase» (Últimas horas, pág. 44)

El testimonio de Blasio viene hoy á hacerle la misma inculpación, que cuenta además con toda la verosimili-

tud, pues mientras es poco creíble que el Emperador se guiara en tan decisivos momentos por el parecer de Mejía, en quien no tenía especial confianza, es por el contrario muy probable que siguiera la opinión del Jefe de Estado Mayor que á la sazón gozaba de más crédito que ninguno de sus generales.

Para juzgar de toda la importancia de aquella inacción, hay que tener presente que el 26 de febrero Maximiliano tenía en Querétaro diez mil veteranos con 44 cañones mandados por los más entendidos y valerosos generales, Miramón, Márquez, Mejía, Castillo, Méndez, Ramírez Arellano etc. mientras que Escobedo se desprendía de Dolores Hidalgo y San Miguel con 10,000 hombres, Corona salía de Acámbaro con 7,000 soldados, median-do entre ambos una distancia de más de cincuenta leguas. Siguieron sus marchas con mucha precisión, pero hasta el día 4 de marzo en que llegaron las tropas de Corona á Apaseo y situaron unas caballerías avanzadas en dirección de Escobedo, en aptitud de protegerse mutuamente se hizo ya muy difícil todo movimiento ofensivo de parte de los imperiales. A partir del 4, dice el Coronel Becker, todo movimiento ofensivo vino á hacerse muy peligroso y el 6 enteramente imposible. Tuvieron por tanto estos por lo menos seis días disponibles para ejecutar el plan de Miramón que contaba con todas las probabilidades

de éxito, pues si cuando el ejército de Occidente aún no acampaba en Celaya donde su número se elevó á 10,000 por habersele incorporado el Gral. Aranda con 3,000, hubiera sido atacado, tal vez no habría podido resistir porque de aquellas tropas apenas se contaban cinco mil soldados bien organizados. Era esto tan natural, que comprendiendo el Gral. Corona que el enemigo tendría noticias del estado de sus fuerzas y que de su lado estaba la parte débil, temía un ataque de un momento á otro, por lo que tres leguas antes de llegar á Celaya al observar una lejana polvareda, mandó formar en batalla y aguardó hasta que fué desengañado por sus exploradores. De esa suerte el Jefe del Ejército de Occidente llegó á marcar sobre su camino el punto exacto y conveniente donde debió ser combatido.

La derrota de ese cuerpo de ejército habría dejado á Miramón en aptitud de alcanzar por lo menos la retaguardia de Escobedo que no habría podido resistir tampoco á un ejército victorioso y aumentado con todos los prisioneros que hubiese hecho. Esto habría cambiado la faz de los sucesos y habría prolongado por un año cuando menos la existencia del Imperio: sobre todo, habría salvado al Emperador.

Al contrario de aquella imprevisión y abandono, Escobedo y Corona desafiando el peligro cerraban por todos lados la retirada á los imperialistas,

que se verían expuestos á sucumbir sin remedio.

Perdida esa única oportunidad de evitar el sitio, se celebró en los primeros días de mayo un consejo de guerra en el cual Miramón declinó su responsabilidad diciendo: «El 22 del último mes, S. M. nos hizo reunir y entonces se resolvió que saliésemos de Querétaro el 26 con el objeto de combatir al enemigo parcialmente. Nada se hizo por razones que ignoro, pero el resultado inmediato de esta inercia ha sido que las tropas disidentes se han concentrado al frente de nosotros. Ha habido, pues, una falta cometida contra las reglas del arte militar» (Ult. horas pág. 46) En este consejo, como dice el Sr. Blasio, se resolvió no atacar al enemigo, sino presentarle la batalla y esperar la ofensiva.

El 6 de marzo salió Maximiliano de la ciudad al frente de su ejército, hasta formar un ángulo cuyo vértice estaba en el Cerro de las Campanas, extendiéndose el lado derecho hacia el Norte hasta la garita de San Miguel y el izquierdo hasta la Casa Blanca. El ejército republicano estaba aún muy lejos y sólo podía ver sus vanguardias, pues ese día Corona se hallaba con el grueso de su fuerza en la Hacienda de Calera, á cinco leguas de Querétaro, teniendo sus caballerías en la Estancia de las Vacas, que dista tres leguas.

La moral de las tropas imperialistas era excelente en esos momentos; así es

que todos deseaban batirse y Miramón así lo propuso al soberano; pero Márquez opinó porque se estuviese á la defensiva. "Contra lo que esperábamos, dice A. Hans, no se nos condujo al combate. Fué una grave falta, como se verá más tarde. Los republicanos no nos atacaron inmediatamente, y se aprovecharon de nuestra indecisión, que es la mitad de la derrota en semejantes circunstancias, para aumentar su efectivo con los refuerzos que les llegaban á marchas forzadas." (Querétaro, pág. 68)

La circunvalación quedó definitivamente establecida el 9 de marzo por los republicanos en número de 21,000, que fueron aumentados hasta cerca de 30,000 con 74 piezas de artillería.

Desde el día 11 los sitiadores empezaron á hacer un movimiento para voltear sobre la derecha la línea imperial; ocuparon los cerros dominantes de Paté y Carretas y rompieron el acueducto que provee de agua á la ciudad. Con ocasión de ese movimiento, del que dió aviso Méndez á Márquez, éste propuso preparar sus columnas para dar un salto al enemigo en la madrugada del 12, «y si no se alcanzaba una victoria completa, á lo menos se le haría sufrir un fuerte descalabro que permitiera tomar la Estancia de las Vacas, que era una posición más ventajosa, concluyendo con estas palabras, que refiere en su manifiesto: «Yo le respondo á V. M. del buen éxito de este movimiento, que es tanto más seguro, cuanto que el ene-

migo no tiene ni la menor idea de él.» A todo esto me contestó el Emperador: Deseo consultar con los Generales Miramón y Escobar.—Hice que se presentaran en el acto, é impuestos del asunto é interrogado Miramón, le dijo: Señor: no veo la situación tan apremiante ni hay necesidad de ese movimiento, y menos de tomar una resolución definitiva sin conocer todavía las intenciones del enemigo. Esperemos con calma para ver lo que se hace y más tarde resolveremos lo que convenga.

Entre tanto con que la brigada Castillo ejecute un cambio de frente es bastante. Escobar fué de la misma opinión y el Emperador dijo que era también la suya.»

Contradicciones lastimosas que sólo pueden explicar las pasiones personales: Márquez, que se oponía á todo movimiento ofensivo el día 6 en que aún no se reunían todos los republicanos, propone un asalto para el 12, y Miramón que anhelaba atacar al enemigo se opone en el momento en que la proposición parte de Márquez! Por lo demás la idea era buena, porque romper el sitio aun á costa de una derrota era la única salvación posible, y eso cada día habría de hacerse más difícil porque aumentaban á diario las fuerzas de los sitiadores. El autor del libro que comento nos refiere que «diariamente se reunía el consejo de guerra para deliberar; opinando siempre el Emperador por el ataque y

oponiéndose siempre los generales» (pág. 337) Eso es absolutamente falso, como se ha visto. Maximiliano decidía siempre contra los generales que proponían la ofensiva; pero sin razón se hace valer por su secretario particular que opinaba en aquel sentido, pues aunque hubiese sido cierto, á él como Soberano y general en jefe no le tocaba juzgar, sino resolver y mandar con toda la autoridad y la energía que prescribe la Ordenanza.

En cuanto á los consejos de guerra que se reunían diariamente, deben considerárseles como la consecuencia de la falta de carácter del Archiduke que no le permitía resolver nada, absolutamente nada por sí solo, y de su falta completa de aptitudes militares que no le permitía tampoco conocer la utilidad ó inconveniencia del más ligero movimiento estratégico. Es digno de notar que en toda la campaña franco-prusiana, el ejército alemán no llegó á celebrar un solo consejo de guerra, sino que el Gral. Moltke exclusivamente proponía al Rey todos los planes, que en seguida pasaban á los generales solo para su ejecución.

En Querétaro no se necesitaba un Moltke, pero sí habría sido precisa la unidad de mando, la prontitud de acción, la existencia de un plan perfectamente preconcebido, y lejos de eso la dirección y plan de campaña estaban confiados á todos los que rodeaban al Emperador y que forma-

ban un conjunto de elementos heterogéneos, y antagónicos.

El Gral. Escobedo dió un asalto al Cerro de la Cruz el día 14, más bien con objeto de establecer unas paralelas, que con el de ocupar la plaza, habiendo comenzado á las nueve y media de la mañana y terminado á las seis de la tarde en que los sitiadores fueron obligados á retirarse con grandes pérdidas. «El resultado de esa memorable jornada, dice Blasio, si bien fué favorable para los imperialistas, puesto que pudieron rechazar al enemigo, cuesta un buen número de vidas y los liberales consiguen estrechar el círculo en el que nos iban acorralando» Por su parte Alberto Hans dice que «los republicanos rechazados y batidos por todas partes á pesar de su valor y su temeridad, tuvieron que perder toda esperanza de buen éxito. Lo repito, la mayoría de los nuestros en su odio contra nuestros adversarios no quería reconocer que al menos los republicanos se habían portado bien durante la jornada; pero la verdad histórica me obliga á decirlo así.» (Mem. de un Oficial de Máx. pág 105)

En esa vez el Gral. Márquez hizo prodigios de valor en la calle de los Cipreses al obligar á los asaltantes á desocupar el Panteon de la Cruz de que se habían apoderado, y el autor cuenta que el príncipe de Salm Salm dando una brillante carga, quitó un cañón al enemigo. Cuando

Salm contó con orgullo su hazaña, en sus Memorias, los Sres. Peza y Pradillo se apresuraron á decir que había faltado á la verdad y á la justicia, atribuyéndose el mérito de haber sido él quien arrebató al enemigo el cañón rayado: quien tomó ese cañón fué el valiente Mayor de Cazadores Don Macedonio Victorica, herido de un bayonetazo en el pecho y no de un balazo como afirma aquél. (pág. 33) Lo mismo había dicho el Lic. Don Ignacio Alvarez.

Durante todo el sitio, Maximiliano se mostró siempre contento, activo, valiente, pues como escribe Arrangois, «le gustaba la vida militar: asistía á todas las juntas; presenciaba todos los combates; visitaba los cuarteles y los hospitales: su conducta le había hecho muy querido del ejército». Por eso mereció muy bien que el ejército lo condecorase con la medalla de cobre del valor militar concedida al soldado raso, la cual dice el autor que no dejó de lucir un solo día sobre su pecho.

Entre tanto en el interior de la plaza ocurrían hechos de que no quiere acordarse el Sr. Blasio. Por orden del Imperio sin escrúpulo alguno se abrieron las puertas de la cárcel y centenares de criminales fueron sacados para incorporárseles en filas.

Los préstamos y las exacciones se repitieron con tal frecuencia que para hacerlos efectivos se emplearon los más reprobados medios, tales como prisiones, cateos, y conducción á las

trincheras. «Ni Márquez ni O'Horan en México, dice Frias y Soto, llegaron á la altura que alcanzó Maximiliano en Querétaro en materia de saqueos oficiales».

Las intrigas siguieron produciéndose y á mediados de marzo fueron destituidos del mando los Grales. Casanova, Escobar, Calvo y Herrera y Lozada por ineptos según Salm ó «porque eran amigos y protegidos de Miramón» como quieren Peza y Pradillo.

«Consultando mi diario de entonces, escribe el Sr. Blasio, me encuentro con que del 15 al 21, nada notable ocurre que valga la pena de mencionar. El Emperador quiere hacer una salida y así lo ordena á Miramón, pero ésta por motivos de que aprueba el consejo de guerra, no se verifica». [pág. 344.]

Es de sentirse tan grande laconismo al referirse á la famosa junta del 20 de marzo, y la errónea obstinación en afirmar que el príncipe quería hacer una salida, cuando consta todo lo contrario.

Convencidos de que los republicanos ocuparían la plaza indefectiblemente por tenerla ya perfectamente sitiada y por no esperar ningún refuerzo ni tener los víveres y municiones necesarios para un largo sitio, se pensó en tomar una resolución radical y se consultó por Maximiliano al Jefe de su Estado Mayor que tenía toda su confianza y era además considerado como el militar más técnico de los que de-

fendían sus banderas, quien le respondió que teniendo en consideración la parte política y la existencia del Imperio, que fácilmente podía desaparecer en Querétaro, creía que se debía ocurrir á los recursos del arte y obrar extratégicamente para salir de la plaza. A ese efecto propuso romper el sitio en la madrugada por el camino de Celaya, dende no podrían los enemigos resistir el empuje inesperado de todo el ejército, dirigiéndose á Estancia de las Vacas donde creía poder triunfar si era perseguido y si no, marchar rápidamente á Celaya haciendo creer que iba á Guanajuato, para tomar al día siguiente el camino de Acámbaro diciendo que iba á Morelia y al otro día dirigirse por Maravatío á Toluca.

Miramón sin saber que el proyecto era de Márquez lo aprobó con aplauso y solo Mejía se opuso diciendo que era impracticable á menos que se saliera sin trenes y se siguiera el camino de la sierra para ir á México; pues de otra suerte el enemigo caería sobre ellos y no les daría tiempo ni de formar.

Con la manía sempiterna de las juntas, el Archiduque reunió la del 20 y allí estalló la más vergonzosa rivalidad. Se atacó el proyecto de salida calificándolo de cobardía, y aunque, «esa era la opinión del Gral. Miramón, dice el más conservador de los conservadores,—he citado á D. Ignacio Alvarez,—la desgracia que no dejó de agitar allí sus

negras alas, hizo que *al fin* viniera él á apoyar una opinión contraria, tal vez con la esperanza de que dándole el mando del ejército, podría tener la fortuna de adquirir el deseado triunfo y cubrirse así de mayor gloria».

Debido á tan censurables manejos se decidió continuar sosteniendo el sitio y se perdió la última oportunidad de lograr una salida que aun cuando sin duda alguna se habría convertido en derrota como lo había previsto Mejía, habría por lo menos permitido el escape del comprometido Archiduque y de sus principales generales.

Entonces se decidió Maximiliano á enviar á México al Gral. Miramón para traer algún socorro; «pero, dice el libro, *como siempre*, Márquez se opone y se ofrece á ir él en persona pues alega que el valor juvenil y temerario de Miramón puede hacer que fracase el proyecto».

Y como siempre se hizo todo, menos lo que deseaba el soberano. «Debía Márquez, dice el autor, reunir en México todos los recursos de dinero y de hombres y volver *en el acto* para Querétaro. Si México queda abandonado, nada importa, lo que precisa á toda costa es salvar la situación en la ciudad donde se halla S. M.» (pág. 344.)

Según los Sres. Peza y Pradillo, el Emperador le dijo al despedirse estas apremiantes palabras: «General no olvide Ud. que el Imperio se encuentra hoy en Querétaro.»—«Descuide V. M.

respondió aquel, *antes de quince días* estaré de vuelta»:

Márquez llegó á México el 27 encontrando allí cerca de 6,000 soldados, mas al saber que Puebla estaba sitiada por el Gral. Díaz, marchó el 30 de marzo á auxiliar á aquella plaza con 5,000 hombres y 18 cañones, á fin de obligarlo á levantar el sitio, estimulándolo con esa amenaza á dar el atrevido asalto del 2 de abril que aseguró el triunfo de la República.

Si en vez de faltar á sus instrucciones, sale de México con 6,000 hombres y veinticuatro cañones ese mismo día 30, habría podido estar frente á Querétaro el 5 de abril, tiempo en que hubiera sido imposible al vencedor de Puebla alcanzarlo y á Guadarrama el detenerlo. Era sin duda peligrosa para él la aproximación á Querétaro porque Escobedo podría haber destacado alguna columna para impedirle el paso; pero en tal evento habría quedado muy débil la línea de sitio, permitiendo tal vez la evacuación de la plaza. Claro está que Puebla habría caído en poder del Sr. Gral. Díaz; México se hubiera insurreccionado y á Querétaro lo ocuparían los republicanos; pero con mucha probabilidad Maximiliano, Miramón y Mejía se habrían salvado. Sobre todo Márquez cumplía con su deber.

Solo el Sr. Bulnes que tanto se distingue por distinguirse, ha tratado de sostener que no llevó órdenes para volver á Querétaro. El Sr. D. Rafael L. To-

Fres en su «Traición de Querétaro» se ha ocupado de refutarlo victoriosamente.

La salida de Márquez al frente de 1,200 caballos se efectuó sin ser sentida el 22 de marzo á media noche, á pesar de lo cual el autor pretende que para favorecer tal marcha, el 22 á la madrugada Miramón atacó los puntos de S. Juanico y el Jacal. Paréceme muy mal informado, porque malamente se habría podido proteger un movimiento, con un ataque emprendido veinte horas antes!

Esa salida pudo entonces efectuarse por no estar completa aún la circunvalación, por lo que se hizo necesario que el 24 al mediodía, los republicanos extendieran su línea desde el Cimatarío hasta la garita del Pueblito y asaltase la Casa Blanca, punto avanzado de los sitiados, y aunque consiguieron el primer objeto que era el principal, fueron rechazados en el asalto con grandísimas pérdidas. Allí murieron los coroneles D. Manuel Peña Ramírez y D. Florentino Mercado, abogados patriotas y valientes, que habían llegado la víspera á prestar sus servicios. «El éxito de la división de Miramón fué instantáneo; pero la división de Mejía vaciló un poco diezmada como se encontraba ya por el fuego de los liberales; mas el valiente general se adelantó gritando «así muere un hombre» y se lanzó solo hacia los republicanos. Electrizadas sus tropas con tanto va-

lor se lanzan bravías y fieras al ataque.»

También yerra el autor al asegurar que del combate de San Juanico y el Jacal volvióse el valiente Miramón á Querétaro, llevando veinte carretas de provisiones, sesenta bueyes y más de doscientas cabras y carneros, pues los Sres. Peza y Pradillo que por su posición militar y su veracidad merecen todo crédito, rebaten esa aseveración expresada antes por Salm, y dicen “que no se tomaron en San Juanico si no seis carros con viveres y forrajes y una manada de cabras y no veinticuatro carros, ni los bueyes, vacas y borregos que él dice”.

Pero donde el Sr. Blasio comete una inexactitud que pone en el más completo ridículo al soberano y á sus jefes, es al tratar del triunfo del Cimatarío, porque asegura que «el Emperador al saber la noticia de ese resultado corre á caballo al campo de batalla; pero en el frenético entusiasmo con que los soldados lo reciben, *se olvida el objeto de la batalla que era salir de la ciudad.*» (pág. 352.)

El 27 de abril á la madrugada los imperiales lograron sorprender á los sitiadores y atacándolos valerosamente con dos gruesas columnas los hicieron huir despavoridos, ocupando sus posiciones, flanqueando sus paralelas y apoderándose de su artillería, sus carros y sus municiones: la espada victoriosa de Miramón acababa de romper el sitio y abrir una puerta de

salvación á los defensores del Imperio. Estos, que no habían pensado en evacuar la plaza aunque Blasio diga que “desde á las cuatro de la mañana se encuentran empacados todos los objetos del Emperador y ensillados los caballos que han de conducir á su comitiva”, se ocupan de los víveres, de los equipajes, y de introducir tan gran botín, mientras el Gral. Corona pide á Escobedo las reservas y se presenta personalmente con Doria y Díaz de León al frente de los Rifleros y Cazadores á sostener las caballerías de Aureliano Rivera que era el último que ya muy lejos, se batía aun en retirada: mas las caballerías lo refuerzan, pero los sitiados lo atacan frenéticamente en columnas de las tres armas en la falda de la montaña donde sus ginetes no pueden maniobrar y caen diezmados por la artillería de Ramírez Arellano; los instantes de lucha é indecisión se prolongan, cuando llega Rocha con el batallón, Supremos Poderes y bastante infantería y entonces recobran á viva fuerza los veinte cañones, los carros y las provisiones que habían perdido, obligando á su enemigo á volver á sus trincheras en medio del desorden y de la confusión.

“El sitio estaba roto y sobre los destrozados elementos de la República se destacaban ya sobre sus ruinas, la pericia militar y la bizarría de los Jefes del Imperio, cuando Corona como el hijo feliz de la victoria, se presentó en las ensangrentadas vertien-

tes del Cimatario alentando con su voz, su ejemplo y su fortuna á Rivera, Rocha, Guadarrama, Doria, Naranjo, Tolentino, Villanueva, Lain, Loera y otros valientes" (Ensayo Hist. del Ejército de Occidente).

Esa sorpresa tan atrevida y tan completa abrió, como queda dicho, la puerta para que hubiesen podido salir Maximiliano con sus generales y sus tropas ligeras; pero nadie llegó á pensar en hacerlo. Faltó cómo siempre un cerebro pensante y una resolución violenta. Pero decir que el objeto del ataque fué procurarse esa salida y que se les olvidó ejecutarla con los aplausos y la alegría del triunfo, eso es simplemente absurdo.

Fué la última sonrisa que la victoria concedió á una causa que estaba perdida para siempre: el 1º de mayo fué, como escribe el autor, desfavorable para las tropas del Imperio, porque intentaron una salida por la línea del Sur sobre la Hacienda de Callejas y fueron rechazadas con grandes pérdidas; el 3 intentaron un nuevo ataque hacia la misma hacienda y el cerro de San Gregorio, pero se les obligó á replegarse teniendo que apelar á la publicación de la falsa noticia de que había llegado un correo que anunciaba la inmediata llegada de Márquez, y esto "para desvanecer en parte el doloroso y nefasto efecto causado por aquella jornada sangrienta. Se echaron á vuelo las campanas y se tocaron dianas en los

cuarteles; pero se puede asegurar que eran ya muy pocos los que en Querétaro creían en la veracidad de tales noticias",

Sin embargo el historiador Don I. Alvarez fué uno de esos muy pocos crédulos, pues refiere que "El Sr. García Aguirre habló ese mismo día con el Emperador, manifestándole que muchos dudaban de la veracidad del aviso publicado por el Jefe de Estado Mayor; y el Emperador tendiéndole la mano á su ministro, le dijo: "Como caballero aseguro á Ud. que es cierta la noticia; á la hora que vaya Ud. á la Cruz verá las comunicaciones, y haré que se publiquen para conocimiento de todos". Así trataba á su ministro y así sabía engañar á todo el mundo!

"Entre las tropas imperiales, dice Blasio, cada día aumentaba la desconfianza y el desaliento; nadie creía ya en los auxilios de Márquez; faltaba dinero, faltaban víveres, los desertores aumentaban de día en día y el mismo Regimiento de la Emperatriz, que era uno de los más leales, contaba todos los días con algún desertor que iba á engrosar las filas enemigas".

Había tal desmoralización, que los Sres. Peza y Pradillo refieren indignados que «en los anales del sitio de Querétaro se registra un episodio harto vergonzoso y es el que menciona Salm atribuyéndolo á quince oficiales del ejército, de los cuales sólo designa tres:

el General graduado Don Silverio Ramírez, el Comandante Adame, su hermano político, y el Coronel Rubio. Según sabemos, los dos primeros dirigieron al Gral. Mejía una carta, en la que después de pintarle nuestra situación, le pedían hablase al Emperador, interesando toda su influencia á fin de inducirlo á que entrase en tratados con el enemigo, por ser imposible la conservación del Imperio en Mexico. Esta carta fué enviada al Emperador por dicho General con el Coronel Rubio, sin entrar en ninguna explicación y manifestando solamente que no iba por encontrarse enfermo El generoso corazón del Emperador, pudo solamente salvar de la muerte á estos indignos jefes condenados por el Código sin apelación. S. M. se contentó con hacerlos arrestar mandando que se les abriera un juicio." (pág. 60).

Ese hecho pinta muy bien la desmoralización del ejército, no sólo por el contenido de la carta en que se habían olvidado del honor los Jefes de alta graduación, sino por el hecho muy significativo de que el mismo Mejía le diera curso enviándola con un coronel y manifestando que él no la presentaba por estar enfermo!

En tal situación y como un recurso desesperado, se decidió el día 10 romper el sitio; pero aunque el autor no nos dice nada, se tropezó con la dificultad de que Mejía, Méndez y otros jefes, convencidos de la imposibilidad de eje-

cutar esa medida, trataban de capitular. Por eso cuando el Jefe de las caballerías supo la resolución que se había tomado para evacuar la plaza se presentó al Emperador, según refiere Ramírez Arellano, ofreciéndole levantar ocho mil hombres del pueblo en veinticuatro horas si se prescindía de tal idea, y como era sabida la influencia que ejercía en la ciudad, se creyó en su oferta y se aplazó la salida como siempre. Pasadas las veinticuatro horas pidió se ampliase por otras cuarenta y ocho, al fin de las cuales sólo pudo presentar menos de doscientos hombres!

Hubo, pues, que apelar al medio supremo, y en la noche del 13 al 14 se decidió que la salida se efectuara en la madrugada del 15, dándose la víspera las órdenes necesarias. Por su puesto que aquella operación era impracticable, porque como dice muy bien Márquez, si en el mes de marzo, cuando los imperialistas contaban con dos mil ó tres mil hombres más y los sitiadores con 8,000 menos, se declaró impracticable por los mismos jefes superiores; ¿como se habría podido realizar en mayo, cuando el sitio se había estrechado y aumentado los obstáculos y los soldados habían perdido el vigor, la esperanza y aún la disciplina? Era el *sálvese quien pueda*.

Sin duda que la instancia de Mejía fué motivada por tales consideraciones, pero insistiendo de nuevo en la resolución trataron entonces de que no

se llevara adelante Méndez, Castillo y el coronel Redonet. Era imposible que se ejecutara medida alguna cuando reinaba tal división en los espíritus, tal rivalidad entre los jefes y tan completo abatimiento en el ejército.

Se reúne nueva junta de guerra á las nueve de la noche del 14 y allí se decide después de largas conferencias aplazar la salida para el 16, y como Miramón se impacientase, Maximiliano tranquilizándolo le dijo: "No os aflijais, Miguel, que importan veinticuatro horas para el éxito de una operación de guerra"; á lo cual éste respondió con acento profético: "Señor, Dios nos guarde durante esas veinticuatro horas!" (Darán pág. 284).

Para diferir la salida, Maximiliano dió por motivo diversas causas: á Miramón le manifestó que habiendo encontrado López un depósito de maiz, del que tanto carecían, podría darse un pienso á la caballada para que pudiera estar en mejores condiciones para el servicio. (Darán, pág. 204) No era cierto que se hubiera hallado ni un grano.

A Salm Salm le dijo que no había habido tiempo de armar á los numerosos voluntarios que había reunido Mejía. Tampoco era verdad, porque los voluntarios que se presentaron eran sólo 186 y los fusiles que se tenían disponibles eran más de mil.

¿Por qué expone distintos motivos é igualmente falsos?

Sea lo que fuere, en la noche no ocurre novedad y Maximiliano, según cuenta su médico Bash, llamó á Lopez, lo condecoró con sus propias manos con la cruz del Mérito militar, premio incomprensible por no existir ninguna causa aparente y porque estando en vísperas de un combate, lo natural habría sido condecorar después de ocurrido éste para recompensar alguna acción digna de premio, ejecutada durante la lucha.

A la madrugada siguiente, las cuatro en punto del 15 de mayo, Blasio fué despertado por el Teniente Coronel Yablouski, diciéndole que el enemigo ocupaba la Cruz. Corrió al cuarto del príncipe, que dormía tranquilamente y lo hizo despertar; pero dudando aún de la noticia, comenzó á vestirse lentamente, hasta que entró Yablouski á suplicarle se diera prisa. Entre tanto, se daba aviso al General Castillo, al Coronel Guzmán, al Oficial de órdenes Pradillo, á Salm y al Dr. Bash que habitaban las piezas contiguas. Una vez reunidos bajaron las escaleras, llenas ya de soldados liberales, que no los reconocieron en medio de la confusión; sin embargo, al salir á la calle, el centinela les marcó el alto, y un oficial republicano, el Sr. Rincón Gallardo, ordenó se les permitiese el paso por ser paisanos, no obstante que casi todos vestían sus uniformes militares.

El señor Iglesias Calderón, que había hecho un estudio magistral sobre este asunto, y á quien tendré cons-

tantemente que referirme, dice con mucha razón: «Es incomprensible que Maximiliano, después de haber visto la Cruz ocupada por los sitiadores, sin que hubiesen disparado ni un solo tiro, después de haber visto á López rodeado de oficiales republicanos y después de verlo á su lado, libre, es incomprensible, repito, que el Archiduque no reprochara á López su traición, ó cuando menos, no se encerrara en un despreciativo silencio.» (La Traición de Maximiliano, pág. 108) Yo sólo tengo que agregar una observación; que en mi concepto es muy significativa. Al despertarlo con la noticia, «dudando aún que fuera cierto, escribe Blasio, lo que yo le decía, comenzó á vestirse con mucha lentitud. Entonces entró Yablouski á suplicarle se diera prisa;» pero ¡cosa rara! Maximiliano no pregunta cómo ha sido posible que el enemigo se introduzca al recinto de aquella fortaleza; no pide ningún detalle, no se sorprende, no se indigna!

Salm Salm en sus memorias dice: «Cuando llegué á donde estaba el Emperador, le encontré ya vestido y sumamente tranquilo. Entonces dijo: Salm, nos han traicionado; vaya Ud. abajo y vea que los húsares salgan. Iremos al cerro y veremos cómo podemos allanar este negocio. Allá voy yo inmediatamente». (pág. 169). Esta revelación es muy grave, porque el intervalo que medió entre el momento en el cual despertaron á Maximiliano dándole la noticia, y en el

que se le presentó Salm, fué de unos cuantos minutos, los que fueron necesarios para que éste se vistiese de prisa, y sin embargo ya sabía que había habido traición á pesar de que nadie se lo dijera. En verdad que era de sospecharse por no haber escuchado un solo tiro; pero ¿quién que tiene una sospecha tan abrumadora no procura aclararla preguntando quién es el traidor, por dónde han entrado los enemigos, á qué hora, de qué manera? ¿Quién no llama en el acto al jefe del punto para que explique? Por su parte el Dr. Bash que presenció también aquellos memorables instantes, dice: «Corrí á su habitación; ya estaba vestido el Emperador. “No será nada, me dijo con mucha sangre fría; el enemigo ha de haber entrado en la huerta. Vaya Ud. á tomar sus pistolas y sígame á la plaza”. (Mem, del médico de Máx. pág. 242.)

Se advierte siempre que el soberano es quien da las noticias, quien comunica sus temores ó sus ideas, pero para nada solicita información: él sabe ó sospecha lo que ha pasado y así lo dice á todos; pero nadie, absolutamente nadie se lo ha referido, ni á nadie le hace una sola pregunta. Parecería que al avisársele simplemente que los sitiadores ocupaban la Cruz, se le había dado cuenta de una orden suya que había sido puntualmente cumplida y por eso se manifestaba sabedor de todos los pormenores!

El Sr. Pradillo que llegó á la pieza

donde dormía Su Majestad cuenta que se decidió á salir para el cerro de las Campanas, habiéndole dado una de sus pistolas y empuñando él la otra, atravesando con muchas dificultades los corredores por andar allí oficiales sitiadores, hasta salir á la calle y llegar al cuartel de la escolta del Emperador, de donde lo envió por su caballo, continuando aquél su camino para el palacio departamental acompañado del Gral. Castillo y de Salm. Allí se le reunió su ayudante llevándole el caballo y en ese momento llegó el Coronel Miguel López montado y hasta entonces, es decir hasta después de cerca de media hora, le preguntó qué era lo que pasaba. "Señor todo está perdido; vea V. M. la tropa enemiga que viene muy cerca".

La pregunta era enteramente tardía; pero siendo López el jefe de la línea en que estaba el punto ocupado y sabiendo que lo habían traicionado según le manifestó á Salm, claro era que el traidor tenía que ser aquel y por lo mismo es incomprensible que teniendo S. M. una pistola en la mano no le hubiera volado la tapa de los sesos. El Sr. Dr. Rivera al hacer esta observación, agrega que de ese modo de obrar digno y enérgico en un militar valiente que no hubiese tenido participación en la entrega, hay ejemplos en la historia. Debe notarse que ya entonces por todas partes se empezaba á atribuir á López la traición, tanto que en esos mismos mo-

mentos el Comandante Juan Ramírez se adelantó dirigiéndose á las Campanas y dió aviso al Coronel Gayón jefe de aquel punto de que "López había entregado la Cruz". (Carta de Gayón en "El Nacional") Por consiguiente aún cuando el Archiduque no hubiese enviado la noticia, sería inverosímil que él ignorase lo que ya todos los oficiales de su séquito sabían.

Llegaron á las Campanas donde unos cuantos oficiales, cien infantes y cuatro cañones componían la guarnición; poco después se presentó una parte del Regimiento de la Emperatriz, un piquete de caballería del Conde Patacha y el Gral. Mejía con algunos de sus ayudantes.

La sorpresa de la Cruz había hecho entrar en el mayor desconcierto á los defensores de la plaza, que de valientes y atrevidos como se habían mostrado durante el sitio, se habían entregado con *miserable cobardía* como quiere «La Voz de México» ó con *invencible desaliento*, como más benignamente expresa el señor Iglesias; pues en ninguna parte opusieron la más leve resistencia. El General Márquez dice muy bien en su Refutación al libelo de Ramírez Arellano que «resulta, en consecuencia, que el comandante general de artillería de la plaza de Querétaro ha perdido sus cincuenta y cinco piezas, todo su parque, todo su personal, su ganado y cuanto estaba á su cargo, sin disparar un solo tiro para defenderlo.»

La sorpresa había sido completa. La víspera, poco antes de las seis de la tarde, el Coronel López se presentó de uniforme y con un pañuelo blanco enarbolado en la punta de su espada, en las avanzadas de la línea del Coronel Don Julio M. Cervantes, según refiere este mismo ameritado jefe, y conducido á su presencia, pidió hablar con el señor Gral. Escobedo; se mandó avisar á este y después de conferenciar con él como un cuarto de hora, fué conducido López á su línea con los ojos vendados, á pesar de que cuando llegó había tenido oportunidad de ver la entrada, pues no se usó entonces de tal precaución. El Gral. Escobedo se retiró á su vez y á las ocho de la noche se presentó en los baños de Paté al General D. Francisco M. Vélez, y le dijo que López lo acababa de ver de parte de Maximiliano para la ocupación de la Cruz, por lo que lo designaba para el mando de esa operación, poniendo á sus órdenes dos batallones que mandaban el Coronel Yepes y el Teniente Coronel Margain. Al efecto, López iría frente á la Cruz á las cuatro de la mañana para introducirlo. A esa hora, en efecto, aparecieron en la obscuridad López y Yablouski, su segundo; entonces Vélez, llevando en una mano su pistola amartillada, tomó del brazo á aquél, y casi de puntillas y seguidos de la tropa, emprendió el camino, y á punto de llegar á la brecha, había un montón de tierra derrumbada, que tuvieron que atravesar casi á gatas, hasta

llegar con el centinela que, de pié y con el arma al brazo, dormía reclinado contra el muro: junto á él había varios soldados acostados y dormidos. Vélez personalmente asió del cuello al centinela, hizo llegar á sus soldados y mandó luego aviso á Escobedo, en los momentos mismos en que López hablaba algo en secreto con Yablouski y éste desapareció como por escotillón, obligando en seguida á aquél á que relevara todos los puntos con tropas republicanas. Después, Vélez y López subieron, y recorriendo los corredores, vieron una habitación de donde salía alguna luz por la puerta entreabierta, por la cual éste hizo asomar á aquél, preguntándole: ¿qué ve Ud? Veo á Maximiliano, contestó Vélez; y en efecto, allí estaba peinándose la barba, dando él y las personas que lo acompañaban, la espalda á la puerta. Entonces el jefe republicano preguntó si ya sabía el Emperador lo que pasaba, y se le contestó que desde hacía rato estaba enterado y hasta sabía que allí estaban ellos. ¿Cómo?—Se lo mandé decir con Yablouski desde que entramos en la brecha,» fué la respuesta de López. (Entrevista del Sr. A. Pola, pág. LXVIII)

Una vez en las Campanas el Soberano, preguntó al Lic. Alvarez cómo evitara que cayeran en manos de sus enemigos sus condecoraciones, cartera, reloj y algunos otros objetos que traía y deseaba no se perdieran, á lo que le contestó éste que podría salvar todo

aquello D. José Blasio su escribiente: entonces le dió su cartera con sus papeles más reservados, ordenándole que los quemara, lo cual ejecutó inmediatamente.

Con razón ante este hecho el Sr. Dr. Rivera exclama con profunda filosofía: «A Francisco I en Pavía, á Napoleón en Waterloo, á Gravina en Trafalgar, á Hidalgo en Calderón, á Morelos al romper el sitio de Cuautla, á Pedro Moreno al romper el sitio del Sombrero, y á todos los hombres verdaderamente ilustres, en momentos de supremo peligro les han ocupado grandes pensamientos: el honor, la patria, la inmortalidad; mas ninguno ha pensado en cosa tan insignificante como salvar el reloj. «Quisiera que me indicase &c.» Un campesino rico, en momentos de apuro, se mete el reloj dentro de la pretina ó lo oculta bajo una piedra; pero Maximiliano hasta para cosas pequeñas, como era el modo de salvar el reloj, no pensaba por sí, sino que necesitaba de consejo.» (Anales, pág. 243)

“Entre tanto, escribe el señor Blasio, S. M. dice á los Generales Mejía y Castillo: Montemos á caballo y tratemos de abrírnos paso entre esa cadena de hombres que sigue estrechándose en derredor nuestro. Si no conseguimos salir, á lo menos allí encontraremos la muerte. Los generales se oponen. No hay más remedio que rendirse, contestan.» [pag. 374]

Ese episodio está lamentablemente desfigurado y el autor vuelve á atri-

buir sin fundamento al Archiduque el propósito de batirse, pretendiendo rebajar el valor de los generales imperia- listas, á quienes imputa el deliberado propósito de oponerse á tan desatinada salida. Maximiliano nunca dió orden de abrirse paso, aunque muriesen en tal empeño; sino que por el contrario, fué Mejía quien ofreció cumplir cualquier mandato, aun cuando el ejecutarlo le costase la vida. Maximiliano no tuvo el valor y la energía que sin prueba se le atribuye, y Mejía sí dió muestras de subordinación y de arrojo, de que no debe despojársele.

El Dr. Bash, tan adicto al soberano, como enemigo de los mexicanos, asegura que en esos momentos «volvióse el Emperador á Mejía y le preguntó si no sería posible intentar la salida á la cabeza de unos cuantos hombres decididos; pero el general le respondió que de ninguna manera era factible la empresa... Preguntó otras cinco veces al Gral. Mejía si no era posible intentar la salida; pero la respuesta de éste fué siempre negativa.» (pág. 247)

El señor Pradillo afirma que “separándose á un lado [el Emperador] con los generales Castillo y Mejía, quien acababa de llegar con una pequeña escolta de caballería, les preguntó si les parecía posible romper la línea enemiga. El general Mejía tomó un ante- ojo, y examinando escrupulosamente la situación del enemigo, le dijo: Señor, salir es imposible; pero si V. M. lo ordena, lo procuraremos; por mi parte es-

toy dispuesto á morir." [Max. y los últimos suc. del Imp. pág. 97]

Cosa enteramente igual sostienen Alberto Hans en la pág. 193; Paul Gault, en la 295 y Salm Salm en la 175.

Tampoco es cierto que el Gral. Corona hubiese aprehendido à Maximiliano en el cerro de las Campanas, diciéndole en seguida que montase á caballo para conducirlo con el Gral. en Jefe. Fué el Gral. Bibiano Dávalos que mandaba en esa línea quien primeramente se presentó á conducir á los distinguidos prisioneros con el Gral. Corona, á quien encontraron cerca de la garita de Celaya y allí le dijo estas frases llenas de nobleza: "Los jefes que me acompañan no tienen más responsabilidad, que la que les impone haber seguido mi suerte: deseo que no reciban daño alguno. Si se necesita una víctima yo quiero ser ella y que mi sangre sea la última que se derrame en este país" (México á través de los siglos V p. 847). Corona lo llevó á presentar con el Gral. Escobedo que venía por la Garita de San Pablo y á quien le entregó su espada.

Cuenta el autor que en el trayecto á la Cruz á donde se le llevó preso, y rodeado de los Grales. Corona, Riva Palacio y otros, un soldado ó guerrillero republicano arrebató el hermoso caballo del Archiduque, Orispelo, al caballerizo que lo guiaba del ronzal; pero luego á poca distancia se le acerca otro de tan mala catadura como él,

le asesta un tiro y lo mata, quitándole el codiciado botín de guerra. "Eso pasaba á dos metros y en presencia de todos los generales"; pero no se le puede *pasar* semejante mentira, pues Corona que era un jefe de orden á quien respetaban por su valor y energía cuantos le rodeaban, desde Generales aguerridos como Donato Guerra, y Angel Martinez, hasta guerrilleros indisciplinados como Simón Gutiérrez, jamás habría permitido que en su presencia se cometiesen actos tan deshonorosos. De haber sido cierto, con seguridad que todos los escritores imperialistas se hubieran ocupado en referirlo y no habría de ser el Sr. Blasio el primero que lo hiciera público á los treinta y ocho años.

Al ocupar la plaza se hicieron prisioneros 2 generales de división; 10 de brigada; 18 coroneles; 22 tenientes coroneles; 38 comandantes; 130 capitanes; 133 tenientes; 124 subtenientes y 8,000 soldados, con 55 piezas de artillería.

Todos ellos, después de las conjeturas á que dió lugar la ocupación de la Cruz, al ver que López era el único jefe imperialista que quedaba libre, y que iba y venía á pié ó á caballo entre los republicanos, lo acusaron unánimemente de traidor y de ingrato á los muchos beneficios que había recibido de su soberano. Por su parte los sitiadores que habian ocupado aquella fortaleza, sabian per-

fectamente quién los había conducido á su recinto, de suerte que bien pronto el país entero acusó de aquella infamia al antiguo Coronel del Regimiento de la Emperatriz y compadre del Archiduque.

Por eso en 31 de julio de 1867 dió á luz un opúsculo con el título de «La toma de Querétaro», en el cual expresó que por orden de su superior había salido de la plaza en la noche del 14 de mayo á solicitar se le concediera el permiso de salir con un regimiento y unas cuantas personas de su séquito, con dirección á un puerto del Golfo para embarcarse, volviendo con la categórica respuesta del jefe sitiador, de no tener facultades de su gobierno para conceder ningunas garantías, sino obligarlo á que se rindiera á discreción ó batirlo. Protestaba de su inocencia y ofrecía ceder una casa en México, cuyas escrituras depositó en poder del Sr. D. Vicente García Torres, á quien le probase que se había vendido.

Sin embargo de tales aseveraciones, nadie le dió crédito, porque era pueril el modo con que explicó el desarme de las guardias de la Cruz, y su libertad personal en los días en que todos eran hechos prisioneros y vigilados con suma severidad.

El 19 de agosto siguiente publicaron varios prisioneros de Morelia una Refutación á tal folleto, á la que replicó López con fecha 13 de noviembre, queriendo sostener su inocencia con alusio-

nes veladas todavía á órdenes superiores y ofreciendo presentar en su oportunidad pruebas irrecusables que lo ponían á cubierto de toda sospecha.

Hasta el año de 1887 en que se publicó por Mr. Victor Darán una obra con el nombre de «Le General Miramón», en la cual se insistió severamente sobre la traición de López, volvióse á suscitar una acalorada polémica por la prensa, y entonces el acusado escribió á Escobedo rogándole que dijese si él había entregado la plaza por traición ó si se le había dado en aquella época ó después alguna cantidad de dinero ó le había pedido algun ascenso, reconocimiento de empleo ó siquiera garantía de la vida.

Con tal motivo refirió el Gral. Escobedo al Sr. D. Angel Pola la conferencia del 14 de mayo con López; asegurándole que este no pidió ascensos, ni garantías, ni dinero, sino que todo lo que solicitó era para el Emperador y solo para él, y que se convenció de que había sido simplemente agente de Maximiliano, cuando el 17 de mayo que estuvo á visitar á este, le suplicó que le permitiera al Coronel López que lo viese, y cuando Escobedo le mostraba cierta sorpresa por las versiones que corrían respecto á su conducta, el Emperador le contestó "*A mí el Coronel López no me ha faltado.*" (Diario del Hogar.)

Pocos días después, el 8 de julio de 1887, el Gral. en Jefe de las tropas sitiadoras de Querétaro rindió un extenso é interesante informe sobre el modo

como fué ocupada la plaza. En él refiere que López en la citada conferencia solicitaba de parte de su soberano el permiso para salir y dirigirse á Tuxpan ó Veracruz, donde se embarcaría, dando todo género de seguridades de que no volvería, á lo cual se negó categóricamente, provocando con eso cierta amenaza de forzar el sitio y prolongar los horrores de la guerra civil, que le hicieron contestar que tenía ya exacto conocimiento de cuanto se preparaba en el interior para efectuar la salida, lo que le era tan satisfactorio, que aun les dejaría paso franco para de esa suerte caer sobre ellos con los 12,000 caballos que tenía listos, cuya formidable caballería había de dejar el campo convertido en un lago de sangre imperialista. En seguida añade: "El comisionado del Archiduque volvió á reanudar la conferencia, diciendo que el Emperador le había dado instrucciones para dejar terminado el asunto..... En seguida me reveló de parte de su Emperador, que ya no podía ni quería continuar más la defensa de la plaza, cuyos esfuerzos los conceptuaba enteramente inútiles; pero que no tenía seguridad de que se obsequiaran sus órdenes, por los jefes que obstinados en llevarla á cabo, ya no obedecían á nadie; que no obstante lo expuesto, se iba á aventurar á dar órdenes para que se suspendiera la salida; obedecieran ó no, me comunicaba que á las tres de la mañana dispondría que las fuerzas

que defendían el panteón de la Cruz, se reconcentraran en el convento; que hiciera yo un esfuerzo cualquiera para apoderarme de ese punto, en donde se entregaría prisionero sin condición. Era preciso dudar del que se llamaba agente del Archiduque..... Así, con toda franqueza lo hice saber al mensajero, quien inmediatamente me manifestó que debía desechar toda sospecha hacia su persona y su cometido; que no hacía más que cumplir estrictamente las órdenes del Emperador, por quien no evitaría sacrificio..... López se retiró á la plaza, llevando la noticia al Archiduque de que á las tres de la mañana se ocuparía la plaza, hubiera ó no resistencia..... El día 18 de mayo recibí parte del jefe que custodiaba los prisioneros en la Cruz, de que el Emperador deseaba hablar conmigo. Impidiéndome la enfermedad que sufría salir fuera de mi tienda, mandé mi coche para que viniera en él..... En seguida me preguntó si le sería permitido al Coronel López que le viera para hablar con él..... Empezaba á comprender que el Coronel imperialista Miguel López no me había engañado en la conferencia tenida conmigo, no obstante no haberse entregado prisionero el Archiduque en la Cruz, conforme lo había ofrecido.—El día 24 se me presentó López pidiendo permiso para hablar conmigo reservadamente: convine en ello..... Este me manifestó que el Emperador le había

recomendado que se acercase á mí para suplicarme guardase el más impenetrable secreto sobre la conferencia tenida conmigo la noche del 14, porque quería salvar su prestigio..... El día 28 les hice una visita particularDurante mi permanencia en el cuarto destinado al Archiduque, entró en conversación conmigo sobre su posición azás desgraciada, y fué deslizándose hasta preguntarme si sabía yo cómo trataría el Gobierno republicano á los defensores de Querétaro. Contesté que conocía la ley porque se me ordenaba fuesen juzgados.....Ví conmoverse al Archiduque, pero de momento volvió á tomar el aspecto contristado que se notó en él desde la toma de la plaza: realmente sufría moral y físicamente; como si no se hubiese fijado en mi contestación, continuó diciéndome que me debía muchas consideraciones, y que éstas eran más apreciables, supuesto que se dirigían á un hombre en la plenitud de la desgracia; pero que esperaba de mí todavía mucho más: que le concediera un favor señalado; que las obligaciones que este favor me imponían, para mí no eran de consecuencias; pero que al concedérselo quedaría aliviado del peso que gravitaba sobre su conciencia; porque á pesar de poseer ideas liberales, siempre se inclinaba ante el recuerdo respetuoso que tenía por sus ilustres antepasados. Me manifestó sereno que tal vez sería condenado á muerte y temía el fallo de la Historia al ocuparse

un día de su efímero y escoloso reinado. Me preguntó si me había ya hablado el Coronel López. Con mi afirmativa, siguió diciéndome que no se encontraba con bastante fuerza de ánimo para soportar el reproche que le harían sus compañeros de desgracia si tuvieran conocimiento de la *conferencia* habida entre mí y López por orden de él y que por lo mismo y no apelando á otro mérito que su situación, me suplicaba guardara secreto sobre aquella conferencia, lo que no era ni difícil ni deshonesto para mí. Le manifesté que él aparecería como una víctima de la traición de López á su persona.....que yo no tenía interés en revelar nada de lo pasado; pero en veruad, más bien que dirigirse á mí, debía hacerlo con López, que era la persona que quedaba moralmente lastimada en estos acontecimientos.

El Príncipe contestó que López no hablaría mientras yo callara; que el plazo que me ponía para que no dijera el resultado final, era cortísimo, hasta que dejara de existir la Princesa Carlota, cuya vida se apagaría al conocer la ejecución de su esposo.....La condición que guardaba el príncipe..... y cediendo á un sentimiento de consideración por aquel desgraciado reo, le ofrecí que guardaría su secreto mientras las circunstancias no me obligaran á levantar el velo.....”

Para hacer tamaña imputación sin que fuese cierta, se necesitaría la mayor perversidad, una vil pasión ó un

grandísimo interés, y el Gral. Escobedo fué siempre un soldado honorable, no podía abrigar después de veinte años ningún rencor contra una víctima, ni es posible atribuirle miras interesadas, puesto que declaraba que el punto fortificado se le había entregado y para su gloria militar era lo mismo que el jefe lo hubiera hecho por su propia felonía ó por orden de su soberano.

El Sr. Blasio se expresa en estos términos: "El *honorable* Sr. Gral Escobedo, como dice muy bien el Sr. D. Gonzalo Esteva, es un hombre de honor y muy apreciable, y *nunca* dirá sino la verdad bajo su firma, y fué sin duda engañado por López, y así lo creo también." [pág. 465].

¿Mas cómo podría haberlo engañado López, si Escobedo dice bajo su firma que fué Maximiliano mismo quien le hizo la confesión y le pidió el favor de que guardara secreto? En las primeras conferencias (14 y 16 de mayo) López se decía intermediario ó agente del Archiduque y Escobedo no le dió crédito; en la del día 28 han hablado los dos directamente: ni siquiera se encontraba ya López en Querétaro.

Sin embargo, es un solo testigo que no podrá producir por sí solo el convencimiento de la prueba; pero hay tal número de conjeturas que corroboran su informe solemne, que el ánimo más refractario tiene que convenir en la verdad del hecho, ante el encadenamiento lógico de los indicios.

El Sr. Iglesias Calderón primero (La Traición de Maximiliano, 1902) y el Sr. D. Rafael L. Torres, más tarde (La Traición de Querétaro, 1904) han hecho un estudio prolijo de esa prueba de indicios, después de cuyos trabajos es imposible abrigar la menor duda. Yo fuí de los últimos convencidos, pues como ha escrito últimamente Mr. Ollivier, el ilustre orador y Ministro de Napoleón III, que á su talento reúne un sano criterio y un gran conocimiento de los hombres: "La disertación del Sr. Iglesias tan notable por la sagacidad de sus percepciones como por la fuerza y claridad de sus argumentos, ha destruido definitivamente la leyenda de la traición de López." [L' Empire Liberal, vol. IX pág. 488].

Sin repetir las sospechas que se han indicado ya, basta considerar que Maximiliano dijo en una conversación al Sr. Azpíroz, fiscal de su causa: "*No fué el traidor López, fué Márquez,*" y parece claro que por más enojo que se tuviera con el Lugarteniente por su falta de subordinación, no era posible que se le juzgase peor que al que se suponía que había cometido la más infame traición, faltando á la fidelidad, á la gratitud y al honor. Con esas palabras trataba sin duda el desgraciado príncipe de eximir á López de la inmensa responsabilidad que se le imputaba para no ponerlo en el caso de hacer revelaciones comprometedoras.

El Lic. Alvarez refiere que al llegar

á las Campanas en los momentos del desastre, "el Emperador conocía que había sido víctima de una traición, pero no se imaginaba hasta esa hora quién fuera el autor y aun manifestó las sospechas que tenía en otro jefe, cuyo nombre tenía apuntado en su cartera desde el día 3 de mayo, según nos leyó á los que allí estábamos." Evidentemente que aquello era simplemente una manifestación del doblez del carácter de Maximiliano, que solo tendía á desviar la opinión para que el acusado no fuera á verse obligado á hacer revelaciones para defender su honra.

Ya en la prisión, Maximiliano fué visitado por López y este hecho es de mucha significación; porque es difícil suponer que este se atreviese á presentarse á aquel, si tuviera en su conciencia tamaño crimen; pero es imposible que un soberano traicionado recibiera visitas del traidor y departiese amigablemente con él, como si nada hubiese pasado.

Este hecho es un indicio tan vehemente, que por sí solo bastaría para hacer vacilar al más obstinado, de suerte que comprendiéndolo así el Sr. Blasio, trata á ese respecto de refutar al Sr. Torres y exclama indignado: «Miente quien diga que López visitó una sola vez siquiera al Emperador en su prisión! Miente quien diga que el traidor y el traicionado tuvieron intimidad y frecuentes entrevistas, preso ya el segundo! (pág. 469)

Para esto se olvida de la investigación mandada practicar por el Ministerio de la Guerra, en octubre de 1902, acerca de la autenticidad de cierta carta que López atribuía haber sido escrita por Maximiliano. Entonces se sujetó á examen esta cuestión. "*Supuesta la intimidad entre Maximiliano y López, la facilidad y frecuencia de sus entrevistas ¿podrá ser necesario para comunicarse, escribir una carta que ponía en peligro el secreto mismo que se comunicaba en ella?*"

Del tenor de esa pregunta, resulta que para el Ministerio de la Guerra era una cosa tan conocida, que habían tenido frecuentes entrevistas aquellos personajes, que la da por supuesta: ese es un hecho que no necesita dilucidarse. Sin embargo, se contestó á esa pregunta, que habiéndose interrogado por oficio á los señores Generales Vélez, Cervantes, Arce, Yepes y Coronel Rincón Gallardo "de las contestaciones que tuvieron á bien dar, se desprende claramente que López permaneció en Querétaro y habló con Maximiliano ó pudo hacerlo, supuesto que al señor General D. Francisco O. Arce le consta, y así lo manifiesta, que con permiso del General en Jefe del ejército sitiador, visitó al Archiduque en la mañana del 16 ó 17 el ex-Coronel López." (Cit. por D. R. L. Torres, pág. 196) Ese testimonio completa el de Escobedo y merece toda fe, por tratarse del General Arce, que cuando se suscitó la polémica, no se mos-

tró muy amigo de aquel *é*meritado militar.

Pero no son únicamente los guardianes—que por su posición tenían que ser los mejor informados,—los que declaran que hubo esas entrevistas y á quienes el Sr. Blasio sin aducir prueba alguna lanza su airado mentís; es el mismo Príncipe de Salm el que refiere en la pág. 208 de sus Memorias, que «el Emperador me dijo que López había tenido el descaro de ofrecerle sus servicios, pero que por supuesto los había rehusado.» Ahora bien, Maximiliano no recibía correspondencia, y por consiguiente, sólo pudo oír los ofrecimientos en conferencia verbal, previo conocimiento del Cuartel general.

Existe además el dato emanado del obsequio que hizo Maximiliano de su retrato con afectuosa dedicatoria al Gral. Escobedo, la víspera de su fusilamiento, pues si no hubiera estado interesado en que le guardase el secreto, no habría motivo alguno para hacérselo. Ni Miramón ni Mejía le ofrecieron regalo semejante.

Pero se objeta: “¿Cómo el Archiduque entregó la plaza sin estipular siquiera para sí la garantía de la vida? A lo que responde el señor Iglesias Calderón: “Porque Maximiliano jamás creyó que se tuviera la osadía de quitársela. Creía perfectamente que la cabeza de un Archiduque de Austria estaba garantizada por el Derecho Internacional y creía finalmente que las naciones de Europa harían respetar esa

prerrogativa. Por eso al rendirse pidió como la cosa más natural una escolta que lo amparase hasta un puerto de la República; por eso ya prisionero dijo al fiscal de su causa “que un Archiduque de Austria solamente puede ser puesto á bordo de un buque de su nación:” por eso al llamar á sus defensores, llamó también á los Ministros extranjeros, creyendo que harían respetar en nombre de Europa entera, el privilegio de inmunidad de un Archiduque de Austria.» (pág. 117)

El libro del Sr. Blasio viene á confirmar estas ideas, pues en él se lee: «Se imaginaba que el gobierno liberal iba á dejarlo salir para Europa.—Entonces, me decía, Ud. se irá conmigo; iremos primero á Londres, allí permaneceremos un año, haremos traer el archivo de Miramar y allí escribiremos la historia de mi reinado. Después iremos á Nápoles..... Así, pues, como siempre, perdido en sus ensueños y en sus ideales, *no sospechaba* que la muerte lo amenazaba y estaba ya tan cerca de él» (pág. 389)

Natural era que con semejante modo de pensar no quisiese romper el sitio, pues sabía perfectamente que costaría la sangre de millares de soldados inútilmente y que él arriesgaría positivamente su existencia. Bien comprendía que efectuando la salida tendría noventa y nueve probabilidades de morir por una de salvarse; mientras que entregándose, aun sin condiciones, suponía correr una probabilidad

de que lo matasen, por noventa y nueve de que se respetasen sus inmunidades. Por el contrario, Miramón, que conocía el furor de nuestros partidos, la inflexible severidad de Juárez, la gravedad de las circunstancias, estaba persuadido de que entregándose, correría el peligro de perder su vida con noventa y nueve probabilidades contra una de salvarla; mientras que en caso de una desesperada salida, por sangrienta que fuese, siempre tendría alguna posibilidad de salvarse, aunque pereciesen millares de soldados.

De ese antagónico modo de ver las cosas, provino necesariamente una opuesta resolución: Miramón quería la lucha, por desesperada que fuese, porque allí estaba su única esperanza. Maximiliano se oponía á todo encuentro sangriento, porque en él veía su único temor.

Por eso al mismo tiempo que el Emperador hablaba de inmunidades y de viajes, Miramón le manifestaba al Coronel Cervantes: «Hombre, díle al orejón que qué placer tiene en estarnos atormentando; ¿para qué Consejos de guerra y todas estas tonterías? Más valía que de una vez nos mataran y se acabara así este mitote;» cuando le contestó: «No creo que te fusilen,» él replicó: «Si no nos fusilaran serían muy tontos. ¡Ay de ustedes si no nos fusilan!» Insistió Cervantes compasivamente: «Hombre, no creo esto, porque me parece que Uds. no volverán á las andadas, ni tampoco nosotros.—No volve-

remos, dijo aquél, porque nos han de matar.» (Pola, Entrevista, pág. LI)

A todas esas consideraciones hay que agregar la verosimilitud de ese acto de Maximiliano, emanada de otro enteramente semejante, que está plenamente demostrado y que nadie pone en duda, sino que lejos de eso, todos, hasta el señor Blasio, reconocen.

Maximiliano antes de salir de México, en los momentos en que escribía á Lares manifestándole su resolución de acabar con la guerra y pidiéndole le indicara los medios, trató de entregar aquella plaza con sus Ministros y con Márquez al Señor. Gral. Díaz, quien altivo y valiente y sin necesitar aprovecharse de ese medio, lo rechazó. El Sr. Don Rafael L. Torres para patentizar la semejanza marcadísima entre la entrega de Querétaro y la oferta de entregar á México, publica en estos términos la conocida carta en que el glorioso caudillo de Oriente dió noticia del hecho al Gral. Leiva con fecha 14 de febrero de 1867:

M. Burnouf (léase Miguel López) se ha presentado hoy en esta plaza (entiéndase campo sitiador de Querétaro) enviado (lo mismo que aquel) por Maximiliano (por el mismo) con objeto de ofrecirme el mando de las fuerzas (la ocupación de la Cruz) que están encerradas en México y Puebla (en Querétaro) añadiendo que Márquez (léase Miramón) Lares (léase Mejía) y compañía (léase demás jefes y tropas) se-

rán arrojados (entiéndase entregados) del poder, y que él,—Maximiliano,—abandonará muy pronto el país (lo mismo que le mandó decir á Escobedo por conducto de López y le repitió él después) dejando la situación (abandonando á sus soldados) en manos del partido republicano. Me ha sido preciso un verdadero esfuerzo para poder contestar serenamente (tan grande infamia) que, como general en jefe del cuerpo de ejército cuyo mando ha querido confiarme el gobierno, no puede tener en el archiduque otras relaciones que las que la ordenanza y las leyes militares autorizan en el jefe de la fuerza enemiga..... Porfirio Díaz”—Una y otra entrega son tan iguales, realizadas en términos tan análogos, que parecen ser como una sola y una misma; y probado como está que el Archiduque efectuó la una ¿por qué dudar entonces de que haya efectuado la otra? (Traición de Querétaro, pág. 165)

El Señor Blasio al ocuparse de esta terrible prueba, compromete su causa en vez de defenderla y hace enteramente creíble la responsabilidad del Emperador; porque dice que esa carta no es una nueva traición sino que éste, viendo que eran mentira los ofrecimientos del partido conservador “comprendía su situación y al dirigirse al más leal y caballeroso de sus enemigos (El Señor Gral. Díaz en Huamantla) bien podía esperar de él algunas concesiones para sus jefes, sus oficiales y sus par-

tidarios” (pág. 459). El autor no podrá negar que en Querétaro el 14 de mayo el Archiduque debe haber comprendido todavía mejor su situación y bien podía esperar de su enemigo entregándole la plaza, algunas concesiones tácitas ya que no había logrado obtenerlas expresas.

Intencionalmente no me ocupo de examinar si la carta que López presentó como justificante, es ó no auténtica; porque ella no constituye la prueba de la traición de Maximiliano, de suerte que aun cuando se la suponga apócrifa, quedan en pié todas las presunciones ya citadas, que corroboradas por los testigos de singularidad acumulativa Grales. Vélez y Cervantes, confirman sin necesidad de más el informe de Escobedo del cual resulta que López “ni traicionó al Archiduque ni vendió por dinero su puesto de combate.”

El Gral. Escobedo al aceptar la proposición que le hiciera López por orden de Maximiliano, supo sacrificar su ambición personal ante el noble deseo de evitar la efusión de sangre. Él sabía bien que Querétaro no podía resistir tres días; que cualquiera salida era imposible y que muy pronto iba á dar cima á sus trabajos acabando con el enemigo. En estas circunstancias aceptó la entrega, que sin duda empañaría el brillo de su triunfo final, única y exclusivamente por un sentimiento humanitario.

El Gobierno de la República orde-

nó que Maximiliano, Miramón y Mejía fuesen juzgados con arreglo á la ley de 25 de enero de 1862, la cual cuenta Blasio que cuando se publicó en México fué llamada *la ley mortuoria*. Bien merecía tal calificativo, porque era una ley de circunstancias que tendía á la intimidación y por lo tanto no estaba inspirada en los principios de justicia. Nunca el legislador debe usar de las penas para espantar, sino sólo para castigar.

Esa ley fué dada por Doblado para castigar los delitos contra la nación, el orden, la paz pública y las garantías individuales y en ella estaba vaciada el alma de su autor: la severidad, el patriotismo, la intransigencia. Al saber que las potencias extranjeras coaligadas por el tratado de Londres, habían llegado á Veracruz, se quería excluir del derecho á todos los que hostilizasen á México y no estuviesen bajo la egida del Derecho Internacional y por eso se contaban entre los delitos contra la independencia, la invasión armada por extranjeros sin que haya precedido declaración de guerra; el servicio voluntario de mexicanos en las tropas extranjeras, fuese cual fuese el carácter con que las acompañasen; cualquiera especie de complicidad para preparar la invasión, ó para favorecer su realización y éxito, (art. 1.) Todos estos delitos se castigaban con pena de muerte. (art. 12).

Al saber que el partido conservador trabajaba aliado en el extranjero por

cambiar la forma de gobierno y desconocer las autoridades legítimas, se declaraban delitos contra la paz pública, la rebelión contra las instituciones políticas, bien se proclamase su abolición ó reforma; la rebelión contra las autoridades constituidas; el abrogarse el poder supremo de la Nación, el de los Estados y el de los Municipios, ya fuese de propia autoridad ó por comisión, la conspiración, etc. (art. 3). Todos estos delitos y otros muchos se castigaban con la muerte (arts. 19 y 24). Así, lo mismo tendría que castigarse á Maximiliano, Almonte ó Márquez, que á los regidores ó alcaldes del último villorrio. El juicio se encomendaba á un Consejo de guerra ordinario, esto es, formado por un Teniente Coronel y cuatro Capitanes, (art. 6), y el procedimiento era sumarísimo: sesenta horas para formar la causa, venticuatro para la defensa (art. 7). Los reos aprehendidos en cualquiera acción de guerra deberían ser identificados y ejecutados acto continuo (art. 28). Y para cerrar la puerta á todo sentimiento humanitario, se declaraba improcedente el recurso de indulto (art. 9).

Era la ley marcial con toda su dureza, y conforme á ella debieron haber sido fusilados irremisiblemente el mismo día 15, el Emperador y todos sus generales, jefes, oficiales y sus ocho mil soldados. Juárez mismo aunque ampliamente facultado no podía sino por medio de una nueva ley, im-

pedir semejante hecatombe. Por fortuna para nuestra reputación y para la humanidad, no se obró ni conforme á la ley, ni de acuerdo con los principios jurídicos!

La causa fué formada por el Sr. Lic. Don Manuel Aspíroz como Fiscal, sirviendo de Asesor el Lic. Don Joaquín M. Escoto, y el 13 de junio se reunió el Consejo de Guerra formado del Teniente Coronel Platón Sánchez, de los Capitanes graduados de comandantes, José V. Ramírez y Emilio Logero y de los Capitanes Ignacio Jurado, José Verástegui, Lucas Villagrán y Juan Rueda y Auza. El Gobierno tuvo que ampliar el término de la defensa considerablemente. La sentencia, como era de esperarse, conforme á la ley fué condenatoria.

Durante el juicio Maximiliano declinó la competencia del Consejo y se negó á contestar aquellos variados puntos que se referían á la política del país. Pretendía ser juzgado por el Congreso ó por la Suprema Corte; pero la verdad es que estos poderes no podían haberlo juzgado por no tener otras facultades que las que expresamente les concede la Constitución y ésta no reconoce otras autoridades que las que de ella emanan: para ella no puede haber un rey ó un emperador ó ministros nombrados por éstos.

En el orden estrictamente legal, fuera de las autoridades constitucionales, no había más que reos por delitos contra la independencia y la paz pública.

Entre tanto el partido liberal, que se mostraba enemigo de la generalización de la sanguinaria ley de 25 de enero, pedía que se castigasen los principales sostenedores de la Intervención y del Imperio. El Lic. Don Ignacio L. Vallarta en un discurso cívico el 5 de Mayo, exclamaba «....Es preciso entregarla[á la traición] á la justicia..... Si la generosidad le diere asilo, fuerza será persuadirse de que sobre México pesa una reprobación eterna. ¿Sabeis por qué? Porque la traición seguirá pidiendo príncipes; porque alentada con la impunidad se armará de nuevo para combatir la Reforma; porque la guerra civil se perpetuará entre nosotros; porque se comprometerían los destinos del porvenir; porque se perdería la diferencia que hay entre el bien y el mal; porque México daría al mundo el espectáculo de un pueblo sin conciencia. El castigo de la traición es necesario é inexcusable! Juárez, señores, os lo prometo también, no burlará la justicia nacional; no será cruel; no teñirá de sangre nuestro suelo, pero desarmará, castigándola para siempre, á la traición: el celoso guardián de la honra y del porvenir de México, no será generoso, será justo.”

El Gral. Corona por su parte escribía al Presidente Juárez: “Yo participo del sentimiento general de mis conciudadanos que ven en esos desgraciados personajes á los autores de los trastornos públicos, de la ruina de

tantos intereses y de tanta sangre derramada..... Tengo la convicción de que el porvenir de la República, el aseguramiento de nuestra independencia y la consolidación del orden interior de nuestra sociedad, depende inmediatamente de la conducta que el Gobierno siga con ellos". [Ens. Hit. del Ej. de Occidente, pág. 500].

A su vez el Coronel Palacios en Querétaro, al saber la suspensión del fusilamiento de Maximiliano el 16 de mayo, haciéndose eco del disgusto del ejército y temeroso de que se concediera el indulto, de la manera más respetuosa entregó su espada á Escobedo diciéndole que "era inútil desde el momento en que se perdonaba á los que habían atentado á la Soberanía de la Nación." El General devolviéndosela le contestó serenamente: "Espere Ud. y tenga confianza en el patriotismo, en la rectitud, en la justicia del Gobierno".

El fusilamiento de Maximiliano y de sus valientes compañeros no sólo era una necesidad á los ojos del partido liberal, sí que también en concepto del mismo partido vencido.

Don Teodosio Lares, el jefe de los ultra censervadores, escribía en su carta al soberano, fechada el 9 de febrero de 1867: "*La situación no tiene más remedio que el exterminio de un partido por el otro*".

Y se ha visto ya cómo Miramón decía al Coronel Cervantes que «¡ay de los liberales si no lo fusilaban! por-

que á pesar de todo volverían á las andadas.»

El Consejo de Guerra, como era de esperarse, dada la ley y la notoriedad del hecho, condenó á pesar de los esfuerzos de los notables defensores, á muerte á los distinguidos prisioneros.

Pero es inexacto lo que dice el Sr. Blasio, de que "por la tarde del día trece, el fiscal Aspíroz se presentó en el convento á notificar á Maximiliano que estaba sentenciado á muerte". [pág. 392] La sentencia se dictó hasta el 14 de junio, el 15 dictaminó el asesor pidiendo la aprobación, el 16 la aprobó el General en Jefe y ese mismo día fué notificada, no por el Sr. Aspíroz, sino por el Gral. Don Refugio I. González, que acababa de ser nombrado fiscal en lugar de aquel inteligente y patriota letrado.

Durante la tramitación del proceso, Maximiliano dió constantemente muestras de la más grande serenidad, dedicándose á la lectura de Masillón, Lacordaire y César Cantú.

Se le propuso la fuga por la Princesa de Salm y para lograrla se intentó sobornar á los Coroneles Palacios y Villanueva, encargados de la custodia del reo, ofreciéndoles á cada uno cien mil pesos en letras que giró el Archiduque á cargo de la Casa de Austria. El autor del libro que comento, con motivo de este episodio vuelve á apartarse del camino de la verdad, porque asienta que la evasión

no se verificó porque el Ministro de Prusia, Barón de Magnus, no quiso comprometerse firmando las letras. Es absolutamente falso.

Cuando la Princesa habló á los Coroneles separadamente, ellos, para conocer todo el complot, exigieron como garantía de las letras, que éstas fuesen autorizadas por los ministros extranjeros, é inmediatamente dieron parte al General Escobedo. Entre tanto, la Princesa hizo firmar al Barón del Lago, Ministro de Austria, y éste mismo citó á sus colegas para que también las subscribiesen; pero Magnus se asustó muchísimo, diciendo que los republicanos los colgarían á todos, con lo cual espantado Lago y arrepentido, cortó su firma con unas tijeras y devolvió la letra.

Pero como Escobedo tenía ya pleno conocimiento de cuanto se tramaba, porque los coroneles, dando una notable muestra de honradez, despreciaron aquellos ofrecimientos y le notificaron lo que pasaba, se hizo salir en el acto á la Princesa y al día siguiente á los Ministros.

Ese incidente sirvió, no obstante, para mostrar una vez más la ligereza del carácter del Archiduque; pues no estaba arreglada la fuga y ya tenían listos los caballos, habiendo sido materia de serias deliberaciones el disfraz que debiera usarse, porque, según cuentan Salm y Ollivier, Maximiliano no quería por nada cortarse las barbas, sino que pretendía atárselas por detrás del cuello.

Quien sí contó con la seguridad de evadirse fué Mejía, porque Escobedo, que años atrás había sido puesto en libertad por él, llegó á ofrecerle, primeramente, remitirlo á San Luis antes de recibir la orden de procesarlo, con lo cual podría tal vez separar su destino del de el príncipe, y después proporcionarle la fuga; mas el jefe imperialista, con una nobleza y abnegación de que hay pocos ejemplos, rehusó diciendo que estaba resuelto á seguir la suerte de sus compañeros.

No llegó á faltarle á Maximiliano el valor en aquellas críticas circunstancias, á pesar de que el medio que lo rodeaba era enteramente impropio para conservarlo: el Sr. Blasio refiere que cuando él y Grill lloraban al despedirse del Archiduque, éste les dijo: “¿Por qué llorar? Todos somos mortales; hoy ha llegado mi turno. Además, ¿no piensan ustedes que en este momento supremo, necesito de todo mi valor y ustedes con su llanto pueden quitármelo?” Tenía razón.

El mismo P. Soria cuando subió acompañando á Maximiliano en el coche que lo condujo al cadalso, sufrió una convulsión, y entonces aquél sacó un pomo de sales y ofreciéndoselo le dijo: Oh! no hay que tener miedo, no hay que tener miedo! (Dr. Rivera, Anales, pág. 275)

Cuando llegaron al lugar del suplicio, Maximiliano saltó del coche con suma presteza, y cual si se tratara de pasar á un salón, dijo á sus compañe-

ros: "Vamos, señores" en tono natural y como de súplica, y aunque el señor Blasio asienta que entregó el sombrero y el pañuelo al criado Tudos para que lo llevase á su augusta madre, el P. Soria asegura que fué á él á quien entregó el crucifijo, el pañuelo, el pomito de álkalí y el rosario, habiéndole poco antes encargado que remitiera el rosario á la Archiduquesa Sofía. En cuanto al sombrero, al llegar al coche se lo había puesto, pero luego se lo quitó y lo arrojó al asiento diciendo: ¡ah, esto ya no sirve!

Es también inexacto que el Emperador se colocara en el centro de sus compañeros, es un hecho de pública notoriedad que cedió ese lugar como si fuera de honor, al intrépido Miramón.

"No es cierto, dice con razón el Sr. Bulnes, que los generales ajusticiados hayan perecido por abnegación á Maximiliano; todos perecieron por abnegación á sus pasiones. Con menos sujeción á ellas todos se hubieran salvado. Todos ellos presumían de distinguidos militares y no vieron lo que para un cadete es un axioma: que cuando no hay interés en defender una plaza por el mérito de la plaza, entre tanto puede ser auxiliada, dejarse sitiar es rendirse incondicionalmente al enemigo. La incapacidad militar la mostraron los jefes conservadores á un grado tal, que sólo puede explicarse por el irresistible golpe de sus encrespadas ambiciones." (El Verd. Juárez, pág. 815)

Los defensores habían hecho esfuerzos inauditos por salvar la vida á aquellos ilustres prisioneros, pero en vano, porque, como les manifestó el Sr. Presidente, "Al cumplir Uds. el cargo de defensores, han padecido mucho por la inflexibilidad del Gobierno. Hoy no pueden comprender la necesidad de ella ni la justicia que la apoya. Al tiempo está reservado apreciarla. La ley y la sentencia son en el momento inexorables, porque así lo exige la salud pública".

Hablaba con inspiración profética.

Nuestro inteligentísimo Ministro de Instrucción Pública, ha formulado su juicio en estos términos:

"Maximiliano, conforme á una ley anterior aún á su aceptación á la corona, debía legalmente morir; sus jueces militares, llamados á aplicar una ley terminante, á un caso evidente, no podían hacer otra cosa que la que hicieron; tocaba al gobierno de Juárez el acto supremo: el indulto. Lo negó, hizo bien; fué justo. Es terriblemente triste decir esto, cuando se trata de un hombre que se creyó destinado á regenerar á México y de los valientes que fueron sus compañeros de calvario. La paz futura de México, su absoluta independencia de la tutela diplomática, su entrada en la plena mayoría de edad internacional, la imposibilidad de atenuar el vigor de la ley, si no se descabezaba para siempre el partido infidente, obligaron á Juárez á ser no inhumano, pero inflexible, como á pesar de

su bondad se creyó obligado á serlo Maximiliano con las víctimas de su decreto del 3 de Octubre del 65. Se consumó el acto solemne de justicia republicana en Querétaro el 19 de Junio del 67." (México. Su Evolución. tom. 1º)

Consumado el acto de estruendosa justicia nacional, el cadáver de Maximiliano fué pedido por el Ministro de Austria, M. de Lago, por el Capitán de la fragata Elisabeth, Mr. Groeller, y por el Barón Magnus: á todos se les negó. Poco más tarde se presentó en México el Vice Almirante Tegethoff, el vencedor del combate naval de Lissa, y cuando Lerdo de Tejada le preguntó con qué carácter se presentaba, respondió: «He pensado que el Gobierno mexicano preferiría que yo no trajese misión oficial alguna, sino que me presentase como un embajador de familia, invocando la humanidad, la piedad..... Vengo de parte de la Archiduquesa Sofía.»

“Era la súplica de una madre, formulada por la boca de un héroe,” dice de la Gorge. «Ni la conmovedora sencillez de la súplica, añade; ni la grandeza del enviado, ni la ancianidad de una mujer inconsolable, obtuvieron el consentimiento. Las democracias tienen algunas veces singulares durezas. Juárez exigió una solicitud oficial del Austria ó una petición escrita de la familia del Archiduque. Obligado de esa suerte, el jefe del Gabinete de Viena, Mr. Beust, se humilló hasta formular una solicitud que parecía el re-

conocimiento del nuevo orden de cosas. Entonces y sólo entonces, se ablandó la formulista República.” (tom. 5, pág. 147)

Aquello, sin embargo, no era una exigencia, sino el homenaje mismo á la desgracia y el reconocimiento del carácter sagrado de un cadáver.

Juárez no podía disponer de los restos de Maximiliano sin estar autorizado competentemente por el Gobierno de Austria ó por la familia de Hapsbourg: no podían bastar recados ni enviados privados. Aquel cadáver no se podía entregar sin incurrir en falta, al primero que lo pidiese.

Tampoco se debía prescindir de la majestad del Gobierno, y por tanto, era preciso que se acatase su autoridad por medio de una solicitud escrita y respetuosa. Así lo reclamaba el decoro de la Nación.

Mr. Beust, llenó las dos condiciones: hizo la solicitud como Canciller del Imperio Austriaco y como Ministro de la Casa Imperial, para representar á la familia.

El Gobierno mexicano entregó entonces aquellos despojos y bajo la custodia de trescientos dragones fueron conducidos á Veracruz por el Vice Almirante Tegethoff, sin permitir que se le hicieran honores. Por eso hasta que salió la fragata Novara de las aguas mexicanas, mandó que se disparasen los ciento un cañonazos de estilo, el 28 de noviembre de 1867.

El cadáver fué antes guardado tres

meses en la iglesia del Hospital de San Andrés en México, en donde se le embalsamó de nuevo. Allí, en octubre, fué visitado á media noche por Juárez, acompañado de Lerdo y del Dr. Alvarado, encargado de la operación. Se asegura que Juárez lo contempló silencioso y en seguida lo midió de la cabeza á los piés y dijo: «Era alto este hombre, pero no tenía buen cuerpo; tenía las piernas muy largas y desproporcionadas.» Y después de otros momentos de silencio, agregó: «No tenía talento, porque aunque la frente parece espaciosa, es por la calvicie.» (Dr. Rivera, Anales, pág. 285)

No estuvo el Sr. Juárez á la altura de las circunstancias al hacer tales observaciones; porque aquel sangriento despojo debió haber inspirado consideraciones más elevadas: la grandeza de un infortunio, la inflexible necesidad de la justicia, el triunfo de una causa nacional á despecho de la nobleza y buenas intenciones de aquel infortunado, algo en fin que no fuera la vulgar impresión sobre la conformación del cuerpo; y que fuese digno del jefe triunfante que observaba aquel cadáver, y del jefe vencido que había sido orillado á aquel estado!

El 20 de enero de 1868 se le hicieron suntuosas exequias en la iglesia de Capuchinas de Viena, donde fué sepultado. El señor Blasio tuvo la satisfacción de asistir á ellas, y aunque se encontraban en Europa Almonte,

Labastida, Ramírez, Robles Pezuela, Castillo, Somera, Hidalgo, Arrangoiz y otros muchos, «Ni un mexicano había concurrido á aquellas ceremonias, según afirma Frías y Soto. Todas las notabilidades del partido imperialista, los ministros, consejeros y altos empleados de Maximiliano, estaban en Europa, adonde habían ido huyendo de la justicia de la República; pero ninguno de aquellos hombres había ido á tributar un homenaje de gratitud al Emperador, que les había prodigado honores, oro y consideraciones.—Ellos, los que lo habían arrastrado á un trono y de allí á un cadalso, no se dignaban ir á ofrecerle un recuerdo!»

El autor confirma tan justo reproche, al decir que sólo Barandiarán y Núñez Ortega, que vivían en Viena, y él, asistieron. No—había pasado lo mismo cuando las negociaciones de Miramar.

Poco tiempo después se promulgó la ley de amnistía, «la más bella palabra que hemos aprendido desde nuestra infancia,” que dice Esquines. Desde entonces muchos años han transcurrido y estos han venido afortunadamente á enfriar las pasiones políticas, haciendo posible la reconciliación de los partidos. Sin embargo todos ellos tienen todavía que sacrificar en aras de la paz pública y de la prosperidad nacional, viejas ideas, antiguas costumbres, rencores implacables, afectos queridos!

Al seguir las páginas del “Maximiliano Intimo,” no he pretendido hacer

un completo estudio crítico ó histórico,
si no únicamente servirme de su lectura
para vaciar mis impresiones rectifican-
do ó completando los datos que nos
suministra el autor para poder a-
preciar con toda exactitud ese período
tan interesante de nuestra historia.

F1233

FHRC

.M3

P47

156655

AUTOR

PEREZ VERDIA, Luis

